

23(83)
JUAN, F. FERNANDEZ C.
363p
938

**Pedro Aguirre Cerda
y el
Frente Popular Chileno**



EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1938



¿Cómo es que un hombre aparentemente desprovisto de dotes de caudillo ha podido avasallar a la poderosa oligarquía chilena, triunfar sobre los millones de pesos puestos en juego para el cohecho, sobreponerse a la intervención oficial en numerosos sectores, y lograr una rotunda victoria democrática en momentos en que la democracia mundial recibía el tremendo golpe que significa para ella la conferencia de Munich? ¿Cómo es que un pueblo aquejado de aguda crisis económica, pudo derrotar a una plutocracia orgullosa, dueña de todos los resortes legales para hacer suyo el triunfo electoral?

Son preguntas que requieren contestación serena y pública.

Pedro Aguirre Cerda, el primer gobernante del Frente Popular chileno — más aún, americano —, no es un hombre que atraiga, como tantos cabecillas, por un verbo encendido, atrayentes figuras retóricas, una apostura apolínea, una voz vibrante y anécdotas variadas. Tampoco tiene originalidades de esas que conquistan apasionados partidarios y detractores.

De estatura más bien baja que alta; tez morena; los ojos pequeños, pero penetrantes y zahoríes; la cara coronada por una frente prominente y cabellos li-

geramente ensortijados; la boca plegada en un permanente rictus entre irónico y amargo, bajo la leve sombra de un bigote escaso; el hablar mesurado, la voz firme, un tanto ronca, pesando las palabras; el ademán parco, profesoral; la sonrisa pronta y la cordialidad ancha, como de hombre de campo, vestido con corrección pero con modestia, Pedro Aguirre Cerda, maestro y hacendado de cincuenta y nueve años, no es, a primera vista, un tipo de director político, un representante del líder espectacular como otros personajes mundiales.

Y, sin embargo, este hombre ponderado, sin estridencias, ha galvanizado la voluntad popular chilena y ha ganado el más limpio y claro triunfo que se ha producido en América en los últimos años.

Y no sólo eso, sino que vencedor en las elecciones, ha actuado en forma tal, que ha sabido desarmar a la reacción y, con una calma llena de promesas y amenazas, ha obligado a sus adversarios a dejar libre el campo para que pase el cortejo victorioso del pueblo chileno.

Ante semejante incógnita, los lectores de todos los países, y aún los de Chile mismo, requieren algunas respuestas. Darlas es nuestro deseo, y para ello hay que explicar someramente quién es Pedro Aguirre Cerda, en qué circunstancias de la historia nacional le ha tocado actuar, cuál es la realidad que vive nuestro pueblo y qué significado tiene el Frente Popular de Chile.

Cuando un pueblo se pone de pie como se ha

puesto el chileno, en ello intervienen factores que sobrepasan la pujanza de un individuo, la casualidad de una hora, el aporte ocasional de fuerzas diversas. Nos hallamos ante un hecho histórico, en el que le ha cabido a Aguirre Cerda ejercer las funciones de capitán.

Expongamos todo esto con la brevedad y la concreción necesarias para no incurrir en confusiones. Para esclarecer el criterio de quienes no han seguido paso a paso la dolorosa y triunfal órbita de un pueblo decidido a conquistar su libertad, y la lenta tarea de un hombre resuelto desde la juventud a servir lealmente y sin restricciones a su patria.

Tal conjunto de sucesos no puede pasar inadvertido para nadie que observe con interés lo que ocurre en el mundo. Lo ocurrido en Chile no es ya un suceso local. Su resonancia alcanza a todo el continente. Por eso mismo se hace indispensable discriminar los elementos tácticos, teóricos, individuales y colectivos que han actuado en el acontecimiento del 25 de octubre último.

No pretenden estas breves líneas aprehender la totalidad del fenómeno ni interpretarlo de modo definitivo. Nos basta presentarlo en forma objetiva, aportando así un documento que sirva para los juicios de más tarde.

Por el momento, hay algo incommovible: el pueblo chileno ha vencido con sus propios medios a la coalición del oro y la fuerza que se le oponía. En este movimiento, a diferencia del prolegómeno social que significó la elección del año 20, no ha actuado el se-

ñuelo de un caudillo que promete ventajas inalcanzables. El conductor ha sido señalado por la masa, y no ha sido él quien ha buscado coro para sus gestos y discursos. Además, ese conductor no es un orador fogoso ni un tipo espectacular, sino un trabajador tesonero y modesto, de firme carácter y de indudable abnegación.

Esto es ya bastante para cambiar sustancialmente el planteamiento del problema político nacional. Una correntada poderosa, formada de anhelos y protestas, de necesidad y de insatisfacción, ha echado a andar a un pueblo entero. Algo nuevo amanece en el horizonte americano. Chile se coloca a la vanguardia de los movimientos populares y democráticos y da una lección que seguramente va a hallar amplio eco en otros países.

La simple crónica de tal acontecimiento es útil a todo hombre preocupado por el destino del mundo en que vive. Presentarla en forma clara es una pequeña contribución a la causa de la democracia, que es la doctrina permanente y natural de los pueblos de América.

Nacimiento

Nació Pedro Aguirre Cerda el año 1879, en un humilde pueblo de Los Andes, cuyo nombre figura en la historia de América unido a dos conceptos y a un apellido: dignidad y cultura, por un lado; Sarmiento, por el otro.

Pocuro es una aldea pegada a la cordillera. Especie de centinela que mira a la Argentina. Traspasando la montaña, se tiene ante sí la vasta planicie en que mora el gaucho. Cuando el egregio Domingo Faustino Sarmiento salió de su país por defender la libertad, llegó a Pocuro y ahí empezó a ganarse la vida. ¿Cómo? Enseñando. Toda la existencia del famoso sanjuanino no fué otra cosa que una continua cruzada educacional. En su país o fuera de él, en la escuela o en el libro, en la tribuna o en el diario, desde el llano o desde la Presidencia de la República, como desterrado o como Gobernador de San Juan, Sarmiento fué siempre Maestro. Mientras Juan Bautista Alberdi repetía tercamente el célebre apotegma de sus "Bases", "gobernar es poblar", Sarmiento agregaba "y educar". Al cabo de los años, otro hombre que, desde maestro llega a la Presidencia de la República, afirma perentoriamente: "Gobernar es educar". Y este hombre es Pedro Aguirre Cerda, cuyos primeros años transcurrieron junto a los Andes, ahí donde Sarmiento buscó "asilo contra la opresión", y cuyas primeras letras las bebió en la escuelita de Po-

curo de cuya pared pende el retrato agorero de Sarmiento, su director un día.

Los padres de don Pedro Aguirre fueron don Juan Bautista Aguirre y doña Clarisa Cerda de Aguirre. En aquel hogar hecho de elevación y limpieza morales, aprendió, en contacto con la tierra, a amar el valor del trabajo y de la libertad. No fué la casa familiar de los Aguirre Cerda una mansión en donde el lujo corre parejas con la pereza, ni tampoco reinó en ella la amargura. Fué una casa modesta, pero optimista. Sostenida por una laboriosidad sin tregua. Viviente ejemplo laborioso y democrático. Así transcurrió la infancia de don Pedro Aguirre.

La familia

Los esposos Aguirre-Cerda tuvieron once hijos.

Viuda, doña Clarisa Cerda de Aguirre afrontó la situación de su hogar con denuedo y sacrificio ejemplares. Desde los primeros años fué madre y maestra de sus hijos, infundiéndoles hasta tal punto odio a los vicios que Pedro Aguirre debería recordar toda su vida, en los momentos álgidos de su existencia, aquella lección inolvidable.

Y no sólo lección moral, sino lección de esfuerzo. Siendo alumno de quinto año de primaria, Pedro Aguirre, siguiendo el noble ejemplo de su madre, trató de cooperar a su propio perfeccionamiento, ejerciendo funciones de pasante. Y, ya en el liceo, hizo lo pro-

pio. Y fué profesor de algunos de sus condiscípulos menos estudiosos o menos preparados que él.

Durante muchos años, recuerdo de aquellos días, Pedro Aguirre conservó una moneda de oro de cinco pesos, que fué el pago recibido por su primera labor remunerada como instructor de un escolar "palo grueso", de aristocrática familia, necesitado de más luces para rendir sus exámenes finales. . .

Las primeras letras

Retirado de los centros urbanos, Pocuro ofrece al estudiante las ventajas de su serenidad, de su ambiente y de la enseñanza objetiva que la naturaleza brinda ahí. Ni el medio, ni las necesidades inmediatas, ni la calidad de los alumnos, hacía posible una instrucción libresca. Tampoco lo permitía la sombra tutelar de aquella escuela, en donde Sarmiento ensayó los métodos prácticos, de enseñanza activa, que luego referiría en las emocionadas páginas de la "Vida de Dominguito". Pedro Aguirre aprendió, junto con las primeras letras, a distinguir entre un árbol y un arbusto, a conocer el rumbo de las estrellas, la dirección y fuerza de los vientos, las causas de deshielos y nevazones, la acción benéfica de las aguas de los ríos, el valor de la tierra, la sedante influencia del paisaje en el espíritu del hombre, y se habituó a trabajar sin prisa, pero sin reposo, dando al tiempo su estimación exacta. Los maestros dictaban sus clases de acuerdo con los programas emanados de la capital.

Lecciones nutridas, ceñidas a un patrón menos tolerante y flexible y rico que el de la naturaleza misma. Esta fué mejor maestra que el libro para Pedro Aguirre y los niños de Pocuro. Les infundió calma, capacidad de espera, energía y cierto sentido fatalista de que todo lo que es necesario que ocurra, ocurrirá, y que el esfuerzo humano no logrará contrariar, pero sí acelerar y facilitar los rumbos de la vida.

La vocación magistral

¿Qué empujó a Pedro Aguirre a ser maestro? Evidentemente la comprobación directa de todo cuanto puede la acción del hombre sobre el hombre, preparándolo para vencerse a sí mismo y para vencer a la naturaleza. Además, influyó en él la leyenda de Sarmiento. En Pocuro se hablaba frecuentemente en aquellos años del "loco" cuyano, como algunos llamaban al argentino. Se recordaban sus arrebatos, su tesón, su bondad infinita, su aire reconcentrado al par que sus desahogos impetuosos, y, por sobre todo, su paciencia para con el niño, la fe que tenía en el poder de la escuela, su decisión de servirla hasta el fin de sus días. Pedro Aguirre tenía nueve años cuando ocurrió la muerte del gran Maestrescuela, en Asunción. Después de haber gobernado su país, de haber desafiado a la incomprensiva aristocracia porteña que se burlaba de su fe en la labor de la pedagogía, Domingo Faustino Sarmiento fué a recuperar la salud

en el Paraguay, y ahí murió, al aire libre, en contacto con la naturaleza que tanto había amado.

Cuando se supo la noticia en Pocuro, el nombre del antiguo director de la escuela local paseó de boca en boca. Los viejos del pueblo desempolvaron olvidados episodios. Se citaban sus frases, sus ocurrencias. Aquello de que "las ideas no se matan" que inscribió en una piedra al pasar a Chile, huyendo del tirano Rosas. Su odio contra el despotismo. Su fe en el pueblo. Y todo ello acarició días y días los oídos y la imaginación del pequeño y silencioso niño, en cuyo espíritu se empezó a formar un arquetipo de hombre: el de un ser modesto, trabajador, voluntarioso, heroico, seguro de lo que persigue, entregado a la misión de forjar ciudadanos para la patria y hombres para la humanidad.

Adolescencia

Chile acaba de sufrir una dolorosa tragedia. Los ánimos todos se hallan convulsos. La revolución del 91 ha dejado en los espíritus una sensación inenarrable. Parece que han tornado los días lúgubres de Portales. Y lo más sorprendente y terrible es que los vencedores levantan un principio democrático para cohonestar sus aspiraciones oligárquicas. Contra el autoritarismo del presidente Balmaceda, "el político romántico", que amaba al pueblo y a sí mismo, han agitado los oligarcas chilenos el liberal dogma de la tolerancia, de la intervención del Poder Legislativo,

del contralor parlamentario. Teóricamente nada hay que objetar a tal "liberalismo", pero los hechos son otros: el liberalismo de los oligarcas es más despectivo para con el pueblo que el autocratismo del Presidente mártir. Cuando aún están frescos los cadáveres de Concón y La Placilla, cuando no se borran todavía los luctuosos recuerdos de la matanza de Lo Cañas, cuando Chile vuelve a su antiguo sistema de gobierno en manos de la rancia oligarquía, un adolescente de hablar tímido, pero en cuyos pequeños ojos hay destellos de tremenda energía, llega a las puertas del liceo de San Felipe e ingresa a humanidades.

Ahí, en ese liceo provincial, lejos del bullicio de la ciudad politiquera, aprende muchas cosas. Entre otras, que los libros no bastan, como decía el viejo maestro argentino cuyo nombre oyera tantas veces en la escuela de Pocuro; y que es necesario cambiar las costumbres para que la educación pueda andar por mejores caminos.

Todo lo que oye es palabra de desdén para el pobre; alabanza para el rico. Sin embargo, no se siente decepcionado ni amargado. El campo le ha dado un optimismo socarrón que sorprende a sus compañeros de escuela. Para todo tiene un criterio certero y nunca cierra los ojos a la lógica poderosa de los hechos.

Pero no basta esta visión realista, como tampoco basta la lección de los libros. El joven Pedro Aguirre Cerda ha aprendido en su diario contacto con campesinos y estudiantes que Chile tiene un problema fundamental, el mismo que desvelara al maestro argen-

tino de Pocuro: la educación. Y que educar no es labor literaria, de mera conformación mental, sino, ante todo, aleccionamiento moral y mejora económica. La voz de Sarmiento le persigue como un mandato. Y el aspecto de su propia patria lo incita a persistir en su fe en aquella admonición.

Educar a Chile significa modificarlo todo. No sólo combatir el analfabetismo por el analfabetismo en sí, sino sobre todo, combatirlo porque de él derivan muchas deficiencias y atrasos en el país entero, en todos sus aspectos. Porque mediante la supervivencia de la incultura, es como el propietario explota al inquilino, impone su voluntad en las elecciones políticas, deforma la economía nacional y aprovecha del fanatismo. Todo esto lo intuye el joven Aguirre y es por eso que, aunque lo incitan a ejercer sólo una profesión liberal, él decide ser ante todo maestro y, después, continuar una carrera de otro tipo.

Resuelto a seguir tal camino, abandona San Felipe y se dirige a Santiago.

El maestro

El mismo año que se inauguró el alumbrado eléctrico en Santiago, terminó sus estudios pedagógicos don Pedro Aguirre Cerda. Simultáneamente, se establecieron los primeros tranvías a tracción eléctrica y el alumbrado de igual sistema en Valparaíso, San Felipe y San Bernardo. Era en 1900.

En los años inmediatamente anteriores, los ojos del joven Aguirre habían presenciado un indudable acrecentamiento de las actividades educacionales en el país. A ello no había sido extraña la influencia de un tenaz misionero de la cultura, el portorriqueño Eugenio María de Hostos, quien, como Sarmiento, fué, al par que maestro, incansable propagandista de la libertad de su patria.

Gracias, en parte, a la actividad de Hostos, la educación de la mujer se extendía a los ramos superiores, y ya el Presidente don Jorge Montt había fundado dos liceos de niñas en Santiago, uno nuevo de hombres en Osorno y una Escuela Normal de Preceptores en Valdivia. Más tarde, el Presidente Errázuriz Echaurren había creado la Escuela Correccional de Santiago destinada a los reos menores de dieciséis años, una Escuela Profesional de Niñas en Valparaíso, un liceo de niñas en Iquique, un Instituto Comercial, un nuevo liceo de niñas en Santiago, un curso de matronas, y había fomentado las inquietudes de los artistas nacionales mediante exposiciones anuales.

La última década había sido fecunda para la instrucción nacional. Pero, sin embargo, en medio de tanto desarrollo no podía faltar una nota obscura que amargó a todos los que se preocupaban de tal ramo: la oposición sufrida por don Diego Barros Arana, a cuya Rectoría en la Universidad se oponían los elementos conservadores.

Se producían pues, al par, un crecimiento institucional de la escuela y una intensa intolerancia. Tal

era la experiencia que recogía el novel maestro. Por eso mismo ahondó sus estudios, especializándose en los problemas concretos de la nación, y por eso llevó a su nueva vida un ímpetu callado, pero firme, de proceder con sentido de chilenidad y de justicia.

La insostenible postergación inferida al insigne don Diego Barros Arana, educador egregio e historiador eminente, cuyos estudios habían servido como base de la defensa de Chile en el entonces reciente litigio con la República Argentina, daba la medida de cuánto había que hacer en el país en materia de enaltecimiento y pacificación de los espíritus, y era, a la vez, un acicate para borrar ese ambiente por medio de un esfuerzo mayor, de una cultura más amplia.

Así se inició en sus tareas magisteriales don Pedro Aguirre. En la época precisa en que Chile se renovaba; en que el nuevo partido demócrata, que entonces representaba un impulso popular, conquistaba su primer diputado; en que el radicalismo definía su doctrina, en que la oligarquía parlamentarista entonces practicaba sin recato el cohecho como si la caída y el sacrificio de Balmaceda no hubieran servido sino para tal fin.

Era un instante difícil para la República, porque era un momento de definición.

Años fragorosos

No se contentó don Pedro Aguirre Cerda con el título de maestro. Sabía que en el país ser maestro

provocaba sonrisas despectivas. Los mismos profesores vivían como sobrecogidos por un evidente complejo de inferioridad. Y las clases altas los trataban despreciativamente. En cambio, un abogado tenía posibilidades mucho más amplias. El porvenir parecía abierto a quienes se graduaban en leyes. Mediante el título respectivo, el joven se hallaba en aptitud de desearlo y pretenderlo todo. Nada le sería negado.

Pedro Aguirre, con su título flamante de maestro, resolvió seguir la carrera de leyes y se dedicó con ahinco a su nueva tarea.

Eran los años terribles de principios del siglo. La presidencia de don Germán Riesco se veía gravemente amenazada por conflictos de un tipo hasta entonces desconocido: el descontento social. Hasta ahí los conflictos habían sido de orden político, tanto en lo interno como en lo internacional. Pero, desde 1900, o mejor dicho, poco después de la muerte del Presidente Errázuriz, los acontecimientos tomaban otros rumbos.

De un lado, los debates parlamentarios y políticos asumían un tinte nuevo. La férrea oratoria y el dinamismo de don [Enrique Mac Iver, jefe del radicalismo y de don Malaquías Concha, director de los demócratas, se enfrentaron resueltamente en muchas oportunidades a los de don Carlos Walker Martínez y don José Tocornal entre los conservadores, don Fernando Lazcano entre los liberales y don Juan Luis Sanfuentes entre los liberales democráticos.]

El joven Aguirre Cerda seguía apasionadamente la

trayectoria de Mac Iver cuya ideología la sentía como propia.

Pero no eran esos los problemas más candentes. Sin duda alguna, había nacido un nuevo problema en la república: [el de la clase proletaria.] Hasta ahí, se había vivido confiado en la riqueza salitrera, pero no se había reparado en que dicha riqueza había sido mal empleada y que las clases bajas soportaban un estado de pauperismo impresionante.

La pobreza era extrema. Había exasperación y hambre. La vivienda de los trabajadores no ofrecía condiciones higiénicas. Se explicaba la actitud de los conductores populares. Algunos de ellos, contagiados por la prédica libertaria de los escritores anarquistas incitaban a una justicia por mano propia que podía desatar terribles conflictos. Entre ellos se destacaba el obrero Luis Emilio Recabarren, orador ardiente, agitador activísimo, hombre de entereza y honradez realmente ejemplares. Recabarren había sido demócrata, pero al contacto de la vida obrera de las salitreras sintió la necesidad de ir más lejos, y pronto se convirtió en el ídolo de Antofagasta.

Mientras tanto, los liberales y conservadores no atendían los clamores que venían desde abajo.

Así fué como en mayo de 1903 estalló una terrible conmoción social en Valparaíso. Durante muchas horas, la multitud fué dueña de la ciudad. Los ataques a la sociedad asumieron caracteres inesperados y la represión se hizo implacable. Casi dos semanas tardó la fuerza pública en someter al pueblo. Dos años

después, en octubre de 1905, Santiago experimentaba un sacudimiento social semejante con cruentos resultados. Los choques con la tropa eran violentos, y la represión adquiría cada vez caracteres más severos. Pero, esta severidad llegó a extremos nunca esperados en la huelga de playeros de Antofagasta en febrero del año siguiente.

En esa ocasión, la actitud represiva fué más dura que nunca. Un centenar de obreros rodó ametrallado. La lucha de clases se planteaba dentro de los más dramáticos términos. Y aunque los conservadores trataron en seguida de paliar el conflicto demasiado hondo ya para poder ser resuelto por medidas tibias, desde ese instante había comenzado a andar un nuevo personaje en la historia chilena: la inquietud social.

Poco antes, la compañía norteamericana Braden Copper había obtenido privilegios en la zona de El Teniente.

Ese era el escenario en que se desarrollaban los años estudiantiles de Pedro Aguirre Cerda, quien en 1904 optó su título de abogado quedando armado legalmente para esparcir cultura como maestro, y para defender el derecho como jurista.

Chile necesitaba en ese momento, como pocas veces en su historia, cultura y justicia. El nuevo profesional se hallaba en aptitud de concurrir a colmar ambas necesidades nacionales.

Transición

Pedro Aguirre Cerda vive por aquellos días entregado a su misión profesoral. La Escuela de Suboficiales le brinda escenario para sus primeros ensayos. Son los días de preparación y definición. Pedro Aguirre Cerda se especializa en Castellano, Educación Cívica y, al par, en Derecho y Comercio.

Tiene veintiocho años ya, en 1904, cuando estalla en Iquique la formidable huelga obrera. El gobierno de Montt la afronta con ánimo hostil. Las peticiones de los trabajadores no podían ser más humanas. Querían que el salario les fuese pagado al cambio fijo de dieciocho peniques para evitar la desvalorización causada por la inflación del circulante. Solicitaban que hubiese derecho de venta libre en los campamentos, a fin de no sufrir la explotación de los monopolistas autorizados por las compañías salitreras. Y exigían el mantenimiento de los "cachuchos" o grandes calderos para cocer el "caliche" o salitre, con protección de hierro en defensa de la vida y salud de los obreros obligados a trabajar junto a esas verdaderas fraguas en donde la temperatura subía a 100 grados.

El gobierno se mostró indolente ante las reivindicaciones obreras. Y aunque envió un comisionado especial, con él fué un encargado de "guardar el orden" que convirtió las ametralladoras en argumentos racionales. La mortandad que se hizo en Iquique fué espantosa. A la hecatombe siguió la deportación en

masa de obreros peruanos, al norte, y la relegación o alejamiento de los chilenos al sur.

Todo el país vibró de indignación. La marea social subía. Don Pedro Montt agravó esas circunstancias al permitir en las elecciones de 1909 un visible cohecho. Algunos diarios protestaron, pero se acercaba el centenario de la independencia nacional y algunos sectores excesivamente moderados exigían mesura. Don Pedro Montt, además, estaba empeñado en cimentar la amistad con la Argentina y concurrió a su centenario. Ese mismo año de 1910 don Pedro Aguirre salía por vez primera de la patria, con rumbo a Europa destinado a estudiar derecho administrativo y financiero y métodos educativos en los grandes centros del Viejo Continente.

Fué a París y ahí cursó dichos estudios en su Universidad. Mientras la mayor parte de los "criollos en París" se divertía, y no pocos comisionados pasaban las horas en entretenimientos y paseos, el severo profesor Aguirre Cerda dedicaba lo mejor de sus horas a perfeccionarse.

Era joven, y sin embargo no le tentaban los pasatiempos. Había ido a trabajar, y trabajaba. Le habían dicho que representara a Chile en congresos científicos, y él estaba empeñado en que el nombre de la patria quedara en alto. Habíanle encargado traer sugerencias y experiencias, y él aprendía y escuchaba.

Preparado como se hallaba para diversas disciplinas, tanto teóricas como prácticas, concurrió a un

congreso de Agronomía en España, y ahí evidenció el enorme acervo de informaciones y datos que le habían suministrado los lejanos días de Pucuro, sobre el campo mismo, en contacto inmediato con la naturaleza. Recorrió la península y estableció las diferencias y semejanzas con la tierra natal.

En seguida pasó a Bélgica e Italia a representar a Chile en sendos congresos de educación. La voz modesta y firme del joven maestro chileno no se dejó oír en arengas espectaculares, sino que cooperó provechosamente en la labor de comisiones, en indicaciones precisas, en aportes técnicos. Conoció a algunos maestros sudamericanos y con ellos trató de unificar ideas. Trabajó sin descanso y sin avaricia de su energía y de su tiempo. Desempeñó, en suma, fielmente su cometido, honrándose y honrando al país.

Después de dos años regresó a la patria. Lo que sus ojos habían sabido a través de las cartas, lo confirmaban ahora al enfrentarse a la realidad. Chile estaba en un instante de transición. Había que prepararse para una nueva etapa. Europa también pasaba por idéntico instante de tránsito. En España, en donde más impermeables se mostraban los hombres de gobierno, se había dejado oír ya la voz del maestro Ferrer, sacrificado en 1909 en Montjuich. Las orientaciones de los políticos se diferenciaban algo de las del pasado. Francia y Alemania se medían agresivamente. Los problemas de los Balcanes inquietaban a las cancillerías, especialmente a las de Austria-Hun-

gría e Italia. Parecía que la guerra pudiera estallar de un momento a otro.

En Chile la situación interna correspondía a todo aquello.

Habiendo fallecido don Pedro Montt, y tras un breve interinato de don Emiliano Figueroa Larraín, fué electo presidente don Ramón Barros Luco. Su designación tuvo origen en un convenio transaccional de los partidos que tenían ante sí las candidaturas de don Enrique Mac Iver, don Juan Luis Sanfuentes, don Agustín Edwards M. C. y don Javier Angel Figueroa.

Los conservadores apoyaron a Barros Luco cuando éste fué designado. El nuevo gobierno, cosa sintomática, no dió mucha importancia a la educación, en la que tenía todas sus esperanzas Aguirre Cerda. Apenas si en 1912 se dictó una ley en pro de la infancia desvalida y se fundó el Liceo José Victorino Lastarria.

Había mucho que hacer, pero los tiempos se presentaban encrespados y confusos. Radical como era el joven maestro Aguirre, se halló con un país que trataba de sacudirse de la influencia del viejo peluconismo. No había más camino, si se deseaba hacer algo, que entrar en la política. Estallaban los primeros cañonazos de la Guerra Europea, cuando Aguirre Cerda inició sus labores preparatorias para conquistar un asiento en la Cámara de Diputados. Pretendía representar a la tierra en que nació y en donde aprendió las primeras letras: quería ser diputado por Los Andes.

En las elecciones de 1915 fué ungido por el voto popular de sus comprovincianos. Antiguos condiscípulos y alumnos le rodearon confiados en la firmeza de su carácter y la severa bondad de su corazón. Era un demócrata auténtico, en el sentido doctrinario de la palabra: su radicalismo no era puesto en duda por nadie. Iba a representar a su pueblo y a su partido en un momento crucial.

El pueblo alerta

Las elecciones presidenciales de 1915 tuvieron un tono más reñido que las anteriores, y una solución menos comprensiva que muchas veces.

Como de costumbre, al expirar el período de don Ramón Barros Luco, se bifurcó la opinión en dos grandes corrientes, y, como de costumbre también, los elementos más en contacto con el pueblo fueron los primeros en designar candidato: don Javier Angel Figueroa fué ungido representante de los Partidos Radical, Liberal y Demócrata, después de haber luchado en el seno de la respectiva convención con las candidaturas de don Vicente Reyes, Enrique Mac Iver, Angel Guarello, Ismael Valdés Vergara, Malaquías Concha, el joven político Arturo Alessandri, Guillermo Barros Jara y don Eliodoro Yáñez que, en las primeras votaciones, pareció ser el candidato indiscutible.

Los Partidos Conservador, Nacional y Liberal Democrático designaron a don Juan Luis Sanfuentes,

quien luchó con don Abdón Cifuentes, don Agustín Edwards Mac Clure, don Ventura Blanco Viel, don Arturo Besa y don Manuel Salinas.

Hubo necesidad de un tribunal de honor para fallar acerca de las reclamaciones presentadas, y el asunto acabó yendo al Congreso, que eligió al señor Sanfuentes, derechista.

El diputado Aguirre Cerda, recién electo a la Cámara, abordó de inmediato la tarea de propender al robustecimiento de la educación pública y al desarrollo científico de las industrias y la agricultura: en suma, a aumentar la riqueza material y espiritual de Chile.

Sus iniciativas y las de sus colegas que lo secundaron tuvieron eco en el gobierno. Se fundaron varias escuelas y un liceo: el de Collipulli. En 1916 se aprobó un presupuesto de diez millones para construir locales escolares en número de ocho escuelas superiores para cuatrocientos alumnos cada una; veintinueve escuelas urbanas con capacidad para ciento setenta estudiantes cada una y veintinueve rurales para ochenta niños cada cual.

En el entretanto, Pedro Aguirre había presentado su candidatura a una diputación por Santiago, y la obtuvo en 1918. En ese mismo año, el gobierno lo llamó a desempeñar el Ministerio de Instrucción Pública.

Radical de corazón y partido, amante de su pueblo, el antiguo alumno de la escuela de campo de Pucuro se apresuró a dictar un decreto votando diez mil

pesos para alimentar a los niños pobres de las escuelas. No contento con eso, se preocupó grandemente de las construcciones escolares, poniendo en práctica sus experiencias de Bélgica y de Italia. Preparó además la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, que no sería promulgada sino después, bajo otro ministro, pero teniendo en cuenta las sugerencias de Aguirre Cerda.

En vista de la agitación obrera, el Presidente Sanfuentes se vió obligado a dictar algunas leyes sociales, como el descanso dominical obligatorio, la instalación de salas para amamantar a los hijos de las obreras, la de accidentes del trabajo, la de reforzamiento de la Caja de Retiro de los empleados de los ferrocarriles y otras.

Pero no cesó con estas medidas la inquietud. Las salitreras eran el núcleo principal de la insurgencia, y Recabarren el conductor de ésta. En 1918 el gobierno decidió purgar la zona norte mediante una ley de facultades extraordinarias. En parte era una manera de impedir el triunfo de la Alianza Liberal que guiaba don Arturo Alessandri, caudillo de gran prestigio en Tarapacá. La Alianza Liberal ganó las elecciones legislativas de dicho año, y entre sus candidatos triunfantes estuvo don Pedro Aguirre Cerda, como se ha dicho anteriormente. En seguida se presentó el problema presidencial, que en esta nueva oportunidad adquirió los caracteres de un auténtico plebiscito. Ya no había dudas sobre los perfiles del debate. El pueblo chileno habíase sentido profundamente conmovido

por la campaña democrática llevada a cabo por la Alianza Liberal.

En vista del triunfo obtenido por ésta en las elecciones parlamentarias, el presidente Sanfuentes nombró un gabinete presidido por don Arturo Alessandri.

Una vez más se reunieron las dos convenciones consabidas: la democrática, que en ese tiempo representaba la Izquierda de aquella época, formada por los Partidos Radical, Liberal y Demócrata, designó candidato a don Arturo Alessandri. La de los Partidos Liberal y Nacional, a don Luis Barros Borgoño, a quien prestó su apoyo el Partido Conservador, mientras que el Liberal Democrático se dividió entre ambas asambleas.

La lucha asumió violentos caracteres. La oligarquía no admitía la posibilidad de una derrota en manos de la "chusma". Los incidentes políticos y callejeros eran cada vez más violentos. El pueblo montaba guardia en torno de su candidato, que le había prometido grandes reivindicaciones en incendiarios discursos.

Pocas veces, tal vez ninguna hasta ahí, se había dejado sentir tan patente la presión de la calle.

Un tribunal de honor, formado para decidir las cuestiones suscitadas en torno de la elección presidencial, optó por inclinarse del lado de Alessandri. Lo hizo de mala gana, obligado por la presión popular. Con numerosas promesas de orden social inscritas en sus banderas, el señor Alessandri asumió el mando en diciembre de 1920.

Según un historiador nacional, las dos causas prin-

principales que hicieron posible aquella victoria fueron: la acción tenaz de la escuela laica en manos del Estado — como lo había preconizado Sarmiento y lo había repetido Aguirre Cerda — y el estallido de violentas convulsiones sociales en Europa.

Apenas iniciado el gobierno popular de 1920, el señor Alessandri llamó a su lado, como Ministro, a Pedro Aguirre Cerda.

Al año siguiente era éste elegido senador por la provincia de Concepción.

El técnico

Para aquel entonces, ya Pedro Aguirre Cerda había adquirido un prestigio técnico indudable. Sus estudios habían ganado en extensión y hondura. Se le consideraba como uno de los hombres más capacitados para abordar los problemas educacionales. Y había manifestado su eficiencia de modo palmario.

En 1919, después de haber sido Ministro de Instrucción Pública, el gobierno lo envió a Estados Unidos a estudiar planes de enseñanza industrial que había sido una de las preocupaciones más constantes del maestro.

En esa misma época actuó como consejero financiero de la Embajada de Chile en Washington. Eran los días de la liquidación de la guerra y en que se planteaban graves problemas al país a consecuencia de la paz europea y de los inventos de abonos sintéticos para la tierra.

Como de costumbre, Aguirre Cerda, que cumplía a la sazón los cuarenta años, trabajó con el mismo tesón de diez años antes, en análogas circunstancias y volvió portador de un programa de educación industrial y de vastas iniciativas en lo tocante a enseñanza comercial y rumbo pedagógico.

Ya acariciaba la idea de establecer un instituto para formar técnicos chilenos en industria y comercio.

Pero, de momento, hubo de dedicarse a la gran campaña político-social de 1920, a consecuencia de la cual asumió el Ministerio de Instrucción y, como se ha dicho, ganó la senaduría por Concepción al año siguiente.

Pedro Aguirre se encuentra en su madurez política y técnica. Es el momento de la realización.

En lo referente a educación pública, había experimentado en diversos campos y en puestos diferentes los resultados prácticos de los métodos puestos en uso.

El antiguo profesor de la Escuela de Suboficiales, había desempeñado más tarde una cátedra en el liceo Barros Arana y luego, otra en el Instituto Nacional, demostrando, en cada caso, absoluta entrega a su misión. Por eso, pronto fué nombrado Visitador de liceos, en cuyo cargo recorrió el país entero observando atentamente las modalidades de cada provincia, departamento y comuna.

Elevado a una cátedra universitaria, no se limitó a dictar su asignatura, sino que trató de investigar acerca de las necesidades concretas de la pedagogía

nacional. Por su autoridad y consagración figuró en el Consejo de Enseñanza Comercial; y por sus conocimientos en materia financiera, fué llamado al Ministerio de Hacienda. Se reunían en el laborioso maestro dotes de economista y pedagogo poco comunes, y, aparte de ello, en el aspecto moral, modestia y firmeza que no siempre andan de acuerdo con la competencia y el talento.

Provisto de tales armas, pudo aprovechar ventajosamente su estada en Estados Unidos. Al regresar a la patria traía fecundas iniciativas y un plan maduro que poner en práctica para fomentar, como había sido su aspiración, el progreso moral y material de Chile.

El año 20

El gobierno de don Arturo Alessandri, iniciado, según se ha visto, bajo tan contradictorios auspicios en 1920, se caracterizó en seguida por conflictos de diversa naturaleza. Quienes cooperaron en aquellos primeros años de reorganización democrática, tuvieron sobre sus espaldas pesada carga. Pedro Aguirre Cerda estaba entre ellos y le correspondió no poca participación en los sucesos de entonces.

Se trataba de satisfacer dentro de lo posible las peticiones populares. Pero el nuevo estado de cosas no se había constituido tanto en derredor de una doctrina como en torno de un hombre, lo cual infundía un marcado carácter personalista al sistema imperante.

Pronto se produjeron los primeros desencantos que todo régimen personal trae consigo. Los estudiantes se enfrentaron al Gobierno, en un idealista empeño de borrar viejas pependencias internacionales con el vecino del norte. A pesar de las actitudes tomadas entonces por los sectores reaccionarios, el propio Gobierno decidió afrontar de una vez por todas aquel litigio semisecular que dividía a dos naciones hermanas, e inició conversaciones con la Cancillería del Rímac.

La reacción no descansaba en sus asechanzas contra el régimen democrático que se había encumbrado sobre los hombros de la "chusma querida". Uno a uno fueron derribados diecisiete ministerios por la acción obstaculizadora del Poder Legislativo. El Gobierno no podía disponer de presupuesto oportunamente porque el Parlamento se lo retardaba. Quiso dictar un Código del Trabajo, y el Congreso postergó el debate año tras año. El estado financiero inspiraba serias inquietudes. En esas circunstancias, se presentó un proyecto para otorgar una dieta de dos mil pesos a los miembros de las Cámaras. Esa iniciativa produjo seria resistencia. Más que el hecho en sí, lo que provocaba la oposición violenta era la propaganda torcida que se hacía en contra de él. De un lado se sabía que el Parlamento había estado exclusivamente en manos de las familias poderosas, porque los pobres no podían sacrificar su tiempo en ocupaciones que les impedían atender al sustento de su familia. La dieta iba a alterar el régimen feudal del Congreso. En adelante, un hombre de la clase media o

del proletariado podría aceptar el mandato legislativo y batallar por él, pues estaría en aptitud de dedicar todo su tiempo a la función que le encomendara el electorado.

Pero la guarnición de Santiago, en septiembre de 1924 presentó un conjunto de peticiones al Gobierno, después de haberse manifestado en las galerías del Parlamento.

Pedro Aguirre Cerda era nuevamente Ministro cuando ocurrieron aquellos hechos. El austero maestro, a la sazón también agricultor, pues trabajaba un fundo adquirido merced a sus esfuerzos, vió con sus propios ojos y sintió en carne propia los efectos de la indisciplina y de la demagogia. Vió cómo entraban y salían de la Moneda, con aire de mando, las comisiones de jefes y oficiales. Supo del desaire que le infirieron sus colegas del ejército al señor Mora, Ministro de Guerra, en el Club de Oficiales. Comprendió que la hora de la democracia estaba aún lejana y que ella no podía fundarse sobre cimientos oratorios...

Cayó el señor Alessandri. Después de infructuosos esfuerzos para vadear aquella correntada, hubo de dejar el mando, refugiándose en la Embajada norteamericana. En seguida partió al extranjero.

Los sucesos que siguieron indicaron el grado de la pasión política en ciertos sectores. Pedro Aguirre, como senador por Concepción, asistió también a las consecuencias del Golpe de Estado del 24. Un agudo malestar se advertía en toda la República. Los mili-

tares tomaban creciente ingerencia en la cosa pública. Se perfilaba la figura del coronel Ibáñez, Ministro de Guerra.

Los dos años siguientes demostraron que el impulso democrático creado en torno a la figura de don Arturo Alessandri había sido un movimiento exclusivamente personalista.

El señor Alessandri fué llamado del exterior, en virtud de otra acción conspirativa, y reasumió el gobierno. Pero, en seguida de haber dictado la Constitución — relámpago de 1925 —, fortaleciendo el poder presidencial, la nueva ley de elecciones con voto secreto y otras medidas inusitadas en Chile, hubo de renunciar dejando en el gobierno al señor Barros Borgoño, que desempeñó el cargo algo más de dos meses.

La presidencia de don Emiliano Figueroa estuvo totalmente sometida a la influencia del coronel Ibáñez. La hegemonía político-militar era evidente.

En 1927 se realizaron elecciones presidenciales, y el coronel Ibáñez, candidato único, subió al poder. Con ello parecía virtualmente terminada la etapa de "democratización" que proclamara el caudillo del año 20, pero no se podía afirmar, de manera alguna, que la antigua oligarquía recuperara sus perdidas posiciones. Se iniciaba una nueva etapa en la vida política y social de Chile.

Aquel año 27 terminó su período senatorial don Pedro Aguirre Cerda. Dedicado a la agricultura y al magisterio, pareció apartarse de las actividades públicas, pero, en realidad, pocas épocas vivió más in-

tensamente ligado a los intereses vitales de su pueblo, observando y analizando las causas de los vaivenes sufridos.

Desorientación...

Mientras tanto, en todos los países de América y en algunos de Europa se había producido un franco ascenso de los regímenes autocráticos. Los vecinos—Argentina, Bolivia, Perú, y también Brasil, Ecuador, Panamá, Venezuela—estaban regidos por sistemas personalistas. En Italia se definía más netamente el autoritarismo del Duce. España tenía sobre sí la dictadura de Primo de Rivera. En Francia ganaban posiciones los conservadores. Rusia se veía obligada a atemperar su política de los primeros años. Estados Unidos mantenía al tope la bandera intervencionista. Se anunciaba un viaje de Mr. Hoover para robustecer la influencia yanqui en América Latina. Los empréstitos contratados a alto tipo para costosas obras públicas, daban una efímera sensación de bonanza. No había apariencias de insurgencia. Muchos pensaban que se habían perdido las esperanzas de volver al régimen democrático.

Aprovechando de aquella pausa, y decidido a concretar sus meditaciones y estudios, Pedro Aguirre viajó a Europa nuevamente. En París publicó sus libros: "El problema agrario" y "El problema industrial".

Su preocupación era dotar a Chile de un equipo

competente de técnicos que pudiesen reemplazar la excesiva intervención de los extranjeros que ganaban salarios incomparablemente más altos que los nativos, y que defendían más los intereses de sus empresas que los de la Nación.

Chile se presentaba a los ojos del profesor como un vasto campo de actividades agrícolas. Y como una gran promesa industrial. Toda otra preocupación sería desorientadora. No se podía pensar ya con el criterio de 1890, ni era admisible aceptar la penetración imperialista sin taxativas.

Para todo eso requeríase técnicos, y éstos debían estudiar según métodos adecuados. Hacía falta una Facultad universitaria en donde se planteasen los problemas fundamentales para el desenvolvimiento económico de Chile, en donde se estructurasen los futuros técnicos de la Nación. Se había vivido de improvisación en improvisación. La democracia oscilaba entre la demagogia y la plutocracia. Por eso, el sino hasta ahí fatal era un orden aparente que, en realidad, sólo consistía en un bambolearse entre el desorden y la autocracia o la oligarquía.

La diferencia que había entre este político ya maduro y sus congéneres consistía en que Pedro Aguirre Cerda no abusaba del vocablo idealismo y prefería examinar realidades concretas, sin disfrazarlas. Su nuevo paso por Europa le reveló además muchas cosas. Allí asistió también al fenómeno de optimismo a base de inversiones extranjeras en el territorio nacional — por ejemplo, el de España — y de la euforia

del militarismo alejado de la angustia y la exasperación populares.

Cuando volvió a Chile traía en su valija nuevas enseñanzas, y nuevos libros. Encontró que el país estaba variando. La crisis comenzaba a mellar el poderío del Gobierno. Reinaba descontento en el pueblo y entre cierto sector de intelectuales. Para un ojo avisado, aquello podía desmoronarse de un día a otro.

Así se llegó al año de 1930. Súbitamente desplomóse el gobierno en Bolivia. Le siguió el del Perú. Cayó el del Brasil. Se sublevaron las clases conservadoras en Argentina. No tardó en ser derribado el gobernante ecuatoriano. También en Panamá se produjo una revuelta, Y, luego, estalló la insurrección en Chile. Otra vez, pobladas, estudiantes y obreros se lanzaban a la calle. Frente a aquella efervescencia, el general Ibáñez, declaró que no permitiría derramar sangre chilena y pidió licencia para ausentarse del país.

En tales instantes, en que se producía otro cambio político en Chile, por curioso contraste, los demás países serán sometidos por regímenes militares, mientras que, al revés, Chile se libertaba de él.

Los militares chilenos no intervienen ya en la política activa. Al alejarse el general Ibáñez deja el gobierno al presidente del Senado, señor Pedro Opazo Letelier. Este lo transfiere, en seguida, al Ministro del Interior, don Juan Esteban Montero, cuyo brevísimo período se caracteriza por una terca constituciona-

lidad en los procedimientos. Casi en seguida se lanza la candidatura del señor Montero a la Presidencia de la República, mientras que otros sectores postulan al señor Alessandri, los socialistas, a don Manuel Hidalgo y los comunistas a don Elías Lafferte. Fiel a sus principios legalistas, el señor Montero dimitió el mando, dejando a don Manuel Trucco para que lo ejerciera en el período electoral.

Todavía no terminaba el año 31 y ya habían ocurrido todas estas transformaciones a raíz de la partida del general Ibáñez.

Electo presidente el señor Montero no pudo gobernar sino medio año. Si en período inmediatamente interino se produjo la sublevación de la marinería en Coquimbo, en este nuevo ocurrieron otras disensiones. Todas ellas concluyeron el 4 de junio de 1932 con el famoso Golpe de Estado encabezado por don Carlos Dávila, que había cooperado con el gobierno del general Ibáñez, el coronel Marmaduke Grove, que encarnaba las ideas socialistas, y don Eugenio Matte Hurtado, jefe de la Nueva Acción Pública o Nap, grupo de izquierda.

La Junta de Gobierno constituida entonces duró unos cuantos días. El 12 de junio renunció el señor Dávila. El 17 se apoderaba este mismo del mando, desterrando al señor Grove y al señor Matte a la Isla de Pascua.

Pero, aquello fué paz para unos meses. Antes de un año hubo de convocarse a elecciones, y resultó

electo el señor Alessandri, quien había sido actor embozado del 4 de junio.

El señor Alessandri triunfó sobre varias candidaturas dispersas. Una de ellas, que obtuvo más de sesenta mil votos, la del coronel Grove, dió la bella lección de un absoluto desprendimiento y de una hermosa rebeldía: los sufragantes lo hicieron por incontenible impulso, pues su candidato se hallaba relegado y sólo volvió al continente, después de que se produjeron las elecciones.

Así se inició 1933. Un nuevo gobierno, otra vez en manos del señor Alessandri, regía los destinos del país. Pero en esta ocasión, el señor Alessandri no ascendió apoyado por la "querida chusma", sino por los partidos de derecha a quienes antes vituperara sin compasión ni tregua.

Recuento de un período tumultuoso

El gobierno del general Ibáñez tuvo indudablemente a su haber varios hechos: la paz definitiva con el Perú, la inquietud espiritual que permitió al principio en el elemento profesoral y el impulso material al país. Estos dos últimos aspectos interesaban vivamente a don Pedro Aguirre.

Pero, sobrevino la crisis económica y la indisciplina moral.

El gobierno del señor Montero no pudo ajustar el ritmo de la nación. Pretendió frenar con legalismos

la insurgencia general de los espíritus y fué arrollado por su propia tibieza.

El Golpe de Estado de 1932 fué el más popular que presenciara Chile desde los días del año 20. Pero, si éste tuvo más de hervor caudillesco en torno de una persona, el de 1932 fué un hervor en torno de principios románticos, sin considerar a veces la realidad. Nació el socialismo como partido — se organizó poco más tarde merced a la fusión de los principales grupos encabezados por el coronel Grove y por don Eugenio Matte Hurtado —, pero nació más sentimental que constructivo. Era no un estado de conciencia, sino un estado emotivo. Y un régimen necesita algo más que arrebatos sentimentales.

Los decretos del gobierno de junio de 1932 son sumamente aleccionadores. Uno de los primeros consistió en el rescate gratuito de las máquinas de coser y otros enseres de trabajo, decreto que entrañaba una expropiación excesiva desde el punto de vista de los principios conservadores que regían la legislación chilena, y pequeña desde el punto de vista de los resultados y objetivos sociales. La concesión de créditos hasta por el 50% de su cuenta corriente a los comerciantes con menos de \$ 200.000 de capital, a objeto de pagar sus obligaciones mercantiles, revelaba una clara tendencia socialista, pero se carecía de sistematización realista.

Las consecuencias de todo aquello fueron las que es fácil calcular. Aparecía el socialismo con un defecto que los elementos conservadores consideraban

un pecado de origen: el experimento de junio; y en adelante no se quiso ver sino aquella limitación como freno absoluto e invencible para el futuro desarrollo del partido.

El estado financiero era pavoroso. La deuda pública había crecido de un modo alarmante. A dondequiera que se echase la mirada reinaba el caos.

En esas circunstancias, y temiéndose que otra vez ocurrieran rebeliones militares, el gobierno del señor Alessandri y las clases conservadoras constituyeron las Milicias Republicanas armadas con anuencia del Ejecutivo y destinadas, en parte, a enfrentarse al Ejército dado el caso. El presidente en persona asistió a un desfile de aquellas milicias destinadas a ser fuerza de choque contra las Instituciones Armadas y contra los elementos populares. En buena cuenta, se trataba de un ensayo fascista, so pretexto de proteger el orden público.

Así se iniciaba el año de 1934, cuando, después de largas discusiones y de innumerables ajetreos, logró don Pedro Aguirre Cerda, entregado a sus labores de maestro y agricultor, que se crease la Facultad de Industria y Comercio, la cual lo eligió su primer Decano.

Era llegado el momento de crear técnicos chilenos para la industria y el comercio. Al cabo del tiempo entraba en vías de realización la juvenil utopía de la escuela de Pocuro. Y sobre la cabeza del incansable profesor, proyectó su augusta sombra Domingo Faustino Sarmiento, forjador de un pueblo.

Un paso atrás

Nada es más sorprendente para el observador que la profunda evolución experimentada por el señor Alessandri en su segundo período gubernativo. El antiguo "león de Tarapacá" que se apoyaba en la "chusma" y atacaba a los "viejos del senado" se había convertido en el mejor aliado de éstos y en un adversario de aquélla. Paso a paso este viraje fué acentuándose. Algunos creyeron al principio que se había tratado de una artimaña política para ganar el mando, y luego, desarrollar el incompleto programa del año 20, pero los hechos fueron distintos.

En primer término, se destacaba ya con firmes caracteres un partido de Izquierda numeroso y disciplinado, el Socialista. Por otro lado, había nacido, a imitación del alemán, un Movimiento Nacional Socialista, de rumbo anticomunista y de táctica fascista, conocido a causa de sus iniciales semejanzas con el nazismo alemán, por el "Partido Naci" de Chile. Además, el Partido Comunista abría campaña más continua. Todo anunciaba la liquidación de los viejos partidos y, aunque los conservadores mantenían su clientela electoral, era evidente que liberales y demócratas estaban perdiendo su antiguo vigor.

El señor Alessandri se apoyaba en los Partidos Conservador y Liberal, como eje de gobierno, y tenía relaciones con los radicales. Sus hombres de presa eran: contra el Ejército, la Milicia Republicana; y contra la

Izquierda, los nasis, si bien es cierto que en esto último no existía pacto alguno sino un oportunista sentido de la realidad por parte del gobierno.

Los choques parlamentarios y las disensiones palaciegas eran los únicos episodios resaltantes de la política. Aparentemente el pueblo se hallaba divorciado de la cosa pública. En realidad, el desengaño sufrido con el "hombre del año 20" y el temor de parte de las clases altas, a un nuevo 4 de junio contribuían a acentuar este distanciamiento de lo popular.

En esas circunstancias se realizaron algunas elecciones parciales o complementarias que dieron resultados ambiguos.

Las calles contemplaron sangrientos choques entre [socialistas y nacistas.] Estos trataban de reforzar su prestigio por medio de acciones violentas como ocurriera en los principios del nazismo alemán.

Cuando se hablaba de las elecciones presidenciales de 1938, los derechistas se encogían despectivamente de hombros. Se proyectaba en el escenario nacional la figura del Ministro de Hacienda del señor Alessandri, quien, contagiado de aquel desdén general en las Derechas hacia el pueblo, llegó a permitir que un repórter extranjero publicara en las columnas de "El Mercurio" de Santiago, unas declaraciones suyas menospreciando a los "nativos" chilenos y abogando por la importación en masa de colonos extranjeros.

Las agitaciones que se produjeron tuvieron como causa cuestiones obreras como la huelga ferroviaria,

pleitos personales, ataques parlamentarios. Uno que otro conato de conspiración fué debelado rápidamente. Reinaba laxitud, y, era lógico que dentro de tal ambiente se produjeran algunos espejismos, sobre todo en un sentido optimista por parte de la Derecha.

Sin embargo, hay formado ya un bloque de Izquierdas parlamentario que representa la oposición al régimen imperante. Formado por los legisladores socialistas —encabezados por el coronel Grove, electo senador por Santiago en magnífico comicio que derrotó al candidato del gobierno—, radical-socialistas, democráticos de Izquierda Comunista.

A veces los radicales votan por esa agrupación, pero se advierte una gran desorientación general, por una parte, y una absoluta intransigencia opositora por la otra.

En tales circunstancias, y, después de innumerables tentativas, se fundó el Frente Popular.

El Frente Popular

El Frente Popular, que tuvo como primer presidente a don Octavio Señoret, senador radical por Valparaíso y presidente de la Cámara de Senadores, reunió al Block de Izquierdas, al Partido Radical y al Partido Comunista Staliniano.

Prácticamente, el Block de Izquierdas había representado un Frente Popular, pero alejado del centro que encarnaba en el radicalismo.

Hasta 1933 había sido imposible una alianza de

Izquierda, dada la intransigencia comunista, que tildaba a los demás partidos de "pequeños burgueses", que enarbolaba la bandera de la "dictadura del proletariado" y que reputaba toda concesión o alianza como una "traición a la clase". Dentro de un dogmatismo riguroso pretendía instaurar un socialismo integral, sin transacciones con la realidad.

Más realista, el socialismo chileno consideraba ante todo los problemas del país, levantaba la bandera del frente único de clases, fusionaba a manuales e intelectuales, hablaba de implantación de la democracia efectiva, hacía caudal de la necesidad de una política antimperialista y se regía por directivas exclusivamente nacionales.

Los comunistas de Izquierda representaban agudamente la política trotskista, motivo por el cual eran violentamente atacados por los stalinianos.

Los democráticos encabezados por el senador Pradenas Muñoz eran un activo grupo de oposición.

Los radical-socialistas constituían una agrupación de reducido número de militantes, pero de efectiva influencia por la destreza de sus dirigentes, y por contar con un divulgado órgano de prensa: "La Opinión".

A su vez, los radicales recelaban de entrar en alianza con la Izquierda, dado el gran número de pequeña o gran burguesía que milita en sus filas, y por la actitud belicosa contra la clase media asumida durante largos años por la Izquierda.

El avance fascista en Europa abrió los ojos a los

tácticos del comunismo. Las consignas utilizadas hasta ahí habían sido un error. El mundo no estaba preparado para una dictadura proletaria, ni era posible confundir a la clase media con la burguesía como enemiga, ni tampoco se podía echar por la borda el anhelo de libertad e igualdad que hay en todo hombre.

A costa del temor inspirado por la demagogia de Izquierda, las Derechas habían creado el mítico temor a los rojos.

Lo prudente era atenuar ese temor, hacer olvidar aquella leyenda fatídica, y eso no se conseguiría sino con el trato frecuente con los hombres de otros partidos. Y como las fuerzas comunistas eran minoritarias, era absurdo pretender imponer con ineficaz violencia principios reñidos con el sentir de la mayoría.

A su vez, los radicales se encontraban entre dos fuegos: la Derecha hablaba cada vez con más desenfado de la necesidad de una dictadura, y de la urgencia de barrer a la Izquierda; a la Izquierda se la temía. Lógicamente, el radicalismo se dividió entre partidarios del Frente —generalmente los elementos jóvenes— y adversarios del Frente, —generalmente los más conspicuos y antiguos afiliados al partido.

El Tercer Congreso Socialista, reunido en Concepción en febrero de 1936, hizo un llamado a los Partidos Radical y Comunista a robustecer el Block de Izquierdas formando un Frente Unico.

La primera contestación al llamado del 6 de febrero del año 36 por el Partido Socialista, fué la si-

guiente declaración de la Asamblea Radical de Santiago, presentada a ella por el diputado Justiniano Sotomayor y aprobado por gran mayoría, el 22 de febrero de ese año.

“La Asamblea Radical de Santiago, acuerda:

1.º Que su aspiración más ferviente es la inmediata formación de un amplio Frente Popular antimperialista y antirreaccionario.

2.º Que solicita que la Junta Central del Partido tome sin pérdida de tiempo la iniciativa de la creación del Frente Popular, invitando a los Partidos del Block de Izquierda, al Partido Comunista, a las organizaciones de obreros, empleados, campesinos, artesanos, estudiantes, profesionales, intelectuales, a las asociaciones culturales y deportivas y a todos los hombres y mujeres honestos y leales al país, sin distinción de ideologías ni creencias religiosas, como un vasto movimiento de todo el pueblo en su irrevocable decisión de luchar por la liberación nacional, por las libertades democráticas y por el mejoramiento y dignificación de las masas trabajadoras.

3.º Que ordena al delegado de esta Asamblea ante la Junta Central y a los diputados de Santiago que sean ante esa Junta los sinceros y enérgicos portavoces y defensores de esta resolución, que interpreta el sentir popular.

4.º Que hace un llamado cordial a todos los hom-

bres dignos, honrados y valientes que militan en los Partidos de Derecha, para que imiten la actitud de los señores del Río y Planells, quienes por encima de las transitorias conveniencias personalistas, comprenden el momento histórico presente.

5.o Que convocará próximamente a una amplia asamblea popular con todos los Partidos de Izquierda y todas las organizaciones obreras y populares, a fin de crear desde luego el Comité de Santiago del Frente Popular; y

6.o Que insinúa a las demás Asambleas Radicales del país la conveniencia de pronunciarse respecto a esta resolución y comunicar sus decisiones a la Junta Central, debiendo transcribirse el texto de esta resolución a todas las Asambleas Radicales del país, comprometiéndose la Asamblea de inmediato a desarrollar en Santiago actividades en este sentido”.

El Partido Radical ingresa al Frente Popular

La verdadera fecha en que se constituyó oficialmente al Frente Popular chileno fué, prácticamente, el 6 de mayo de 1936; en que la Junta Central Ejecutiva del Partido Radical ratificó la política de unidad de las asambleas radicales. El acta de esa sesión dice en su parte respectiva:

“Se aprobó la indicación de don Littré Quiroga y don Domingo Durán, que dice así:

“La Junta Central ratifica las declaraciones de su presidente don Luis Alamos Barros, formuladas a “El

Mercurio", en orden a que al Partido Radical no le preocupa ir al Gobierno y que su preferente interés actual consiste en organizar un plan de acción que le permita afrontar la contienda electoral de marzo de 1937 en unión con las fuerzas políticas populares".

A continuación se entró a estudiar del programa del Frente Popular y se produjo un interesante debate, en el que tomaron parte los señores Durán, Fuenzalida, Ortega, Mardones, Muñoz, Rodríguez, Quiroga, Ruiz Rubio y Sotomayor aprobándose la indicación formulada por el señor Fuenzalida, que dice así:

"La Junta Central Radical declara que acepta suscribir un pacto con otros partidos políticos y con la adhesión de organizaciones nacionales de carácter sindical, en el cual, dejando a salvo los respectivos postulados de sus doctrinas, se concierte un plan de acción común, por el cual se comprometerían a luchar, desde luego, afrontando unidos, bajo el nombre de Frente Popular, y llevando como cartel el mencionado plan, la contienda electoral de marzo de 1937".

Las elecciones de Bío-Bío y Cautín presentaron la oportunidad para un primer ensayo electoral de la política aliada: a pesar del apoyo oficial al candidato gobiernista, triunfó el candidato frentista don Cristóbal Sáenz, acaudalado radical de la región.

En las siguientes elecciones, y ya estallado el conflicto de España, la Derecha ganó la elección por Coquimbo mediante una gran caja electoral. Era presumible que una gran caja oficial barriera con la opo-

sición izquierdista en las próximas elecciones. No se contaba con la posibilidad de una poderosa mística.

Conforme a esos cálculos, el Ministro de Hacienda señor Ross comenzó a desarrollar su plan electoral. Se sabía que él sería el ungido y favorito del gobierno para el próximo período.

Entre tanto, el Frente se debilitaba por las fricciones particulares radicales. Coadyuvó a ese estado de descomposición la realización de congresos internos de partidos de Izquierda.

El 27 de marzo de 1937, el Partido Socialista hizo un llamado a la unidad en un manifiesto, algunos de cuyos párrafos decían:

“Se recomienda a todos los organismos del partido, contribuyan a la constitución de instituciones filiales a la Liga de los Derechos del Hombre, como un medio de atraer a esta labor de solidaridad y de humanidad, que es la atención de todas las víctimas de la actual dictadura, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que comprenden lo que significan miles de hogares abandonados por la persecución odiosa de que los jefes de estos hogares son víctimas.

Se aconseja a las respectivas seccionales la fusión en una sola de todas las entidades políticas y sociales que tengan igual finalidad (Socorro Rojo, Comité Pro-Presos de la C. J. I., Socorro Socialista, etc.).

Todos estos organismos por medio de delegaciones pueden contribuir a formar en la respectiva localidad al comité de la Liga de los Derechos del Hombre, unificando los esfuerzos para atender indistinti-

vamente a todos los presos, relegados y sus familias, cualquiera que sea su ideología.

Respecto a la disciplina, se resuelve ponerla en primer plano y se debe exigir a los tribunales correspondientes que apliquen con rigidez las sanciones a aquellos militantes que resistan al cumplimiento de las consignas que se imparten, que incurran en delitos de traición o infidencia.

En caso de extrema gravedad, sus nombres deben ser publicados, para que la clase trabajadora los conozca y pueda defenderse de ellos.

El pueblo, en todo el país, ya ha señalado la última barrera posible contra la reacción. Esta barrera es la unidad obrera y de las clases medias a través de un amplio Frente Popular.

El Frente Popular, que ya hace temblar a las Derechas, debe constituirse con todas las fuerzas políticas, sindicales e intelectuales, antifascistas, antimperialistas y antirreaccionarias.

El Partido Socialista concurre al Frente Popular y pretende ser uno de sus pilares más robustos, sin claudicar en uno solo de sus principios y renunciar a sus postulados fundamentales, e invita a cada uno de sus militantes y simpatizantes, olvidando querellas, a fraternizar lealmente en el Frente Popular con radicales, sindicalistas, radical-socialistas, democráticos y comunistas.

Como complemento de la posición política anterior, el Comité Central Ejecutivo ordena a todos los miembros del Partido Socialista inscribirse antes

de septiembre en los registros electorales y trabajar activamente por que el mayor número posible de ciudadanos haga lo mismo.

El Partido Socialista necesita repetir categóricamente su convicción de que el poder no se conquistará con las urnas y manifiesta su repudio a los procedimientos electorales utilizados por la oligarquía para escamotear la voluntad del pueblo, pero no puede con una actitud prescindente, abandonar el arma del sufragio en manos de la clase enemiga para que reafirme sus privilegios.

La única manera de asegurar el triunfo del Frente Popular en las elecciones del año próximo, consiste en prepararse desde luego para la lucha y a esto debe conducir una propaganda tenaz y perseverante para el acto previo de la inscripción electoral.

Expuesto objetiva y meridianamente el pensamiento de la directiva máxima del Partido Socialista, ante los graves acontecimientos actuales y la perspectiva que presenta el porvenir de la República, el Comité Central Ejecutivo espera que todos los miembros del partido, se atengan a las instrucciones y consignas precedentes, procurando el máximo de rendimiento en la lucha y en la propaganda.

La burguesía, ebria de mando y traidora a la nacionalidad, desafía con sus atropellos a las fuerzas de Izquierda.

De nosotros depende —de nuestra unidad, disciplina y decisión— que el duelo se resuelva en favor del pueblo.

Militantes y simpatizantes: "¡afirmemos nuestra fe socialista y nuestra voluntad de triunfar por encima de todo y ante los mayores sacrificios!

Trabajadores de la ciudad, del campo y de las minas, estamos ante un solo y grande enemigo: la reacción, formemos la única y sólida grande unión: ¡El Frente Popular!

El Comité Ejecutivo del Partido Socialista.

Santiago, Chile, marzo 27 de 1936".

La Convención de Talca, el Congreso Radical y el Manifiesto Comunista

En abril de 1937 se realizó en Talca el IV Congreso Nacional del Partido Socialista. Se creyó que ahí se plantearía la tesis de un Partido Unico, insinuada, según se presumió por elementos cercanos al Partido Comunista, pero lejos de eso reinó en el certamen un magnífico entusiasmo socialista. Y tanto que, sin parar mientes en las alianzas hechas y en la necesidad de esperar acuerdos interpartidos, el congreso proclamó la candidatura de don Marmaduke Grove a la presidencia de la República, decisión recibida con intenso fervor por los militantes socialistas del país.

Al instante surgieron las suspicacias estimuladas por los diarios de Derecha. En la Convención Radical llevada a cabo poco después, riñeron dos tendencias: la de apartarse del Frente Popular, desconociendo el

convenio de la Junta Central, y la de mantenerse adherida a él, que fué la que primó. Pero, en seguida se presentó el problema de la candidatura presidencial. Con habilidad de políticos avezados los radicales interpretaron la proclamación socialista de Grove como una **aspiración** de aquel partido, lo que fué corroborado por el socialismo, y en vista de ello el radicalismo enunció "su mejor derecho" a designar candidato en la futura Convención de Izquierdas.

Pero, ya se habían realizado elecciones parlamentarias, en las cuales se vieron dos cosas: ganancia enorme de asientos por parte de socialistas, en primer término, y comunistas, en segundo; y pérdida de posiciones de los demócratas, absorbidos por éstos y aquéllos. Al mismo tiempo, los nacistas alcanzaron varios asientos parlamentarios, y la Acción Republicana dos. Se conservaba mayoría gubernamental, pero disminuída en número y proporción.

Frente a tales hechos, era posible ya definir el mapa electoral de la República.

En tales circunstancias, el gobierno permitió el regreso al país del ex presidente general Ibáñez. Los nacistas lo aclamaron fervorosamente. Y poco después, el Partido Comunista, en un manifiesto que analizaba la situación política general, hablaba de la necesidad de considerar al general Ibáñez en la política a desarrollarse, lo que estimuló a los partidarios de éste. No tardó en producirse un cisma en el seno del Partido Socialista, encabezado por el diputado Ricardo Latcham, quién fundó la Unión Socialista. Los socia-

listas respondieron con una demostración pública que evidenció la robustez del partido. El acercamiento de la Unión Socialista, que se fusionó con los radical-socialistas, al señor Ibáñez aumentó la suspicacia entre los grupos de Izquierda, y pareció imposibilitar todo arreglo. La prensa de Derecha seguía batiendo palmas ante aquellas disensiones. Tan seguro se hallaba el señor Ross que no se cuidó de tratar de hacerse ambiente popular. Si el pueblo estaba fraccionado bastaría una oportuna ofensiva de dinero y audacia.

Así llegamos a fines del año 1937, en un ambiente de inquietud y desconcierto notables.

Candidato del Partido Radical

Estamos en noviembre de 1937. Desde 1936 se ha ensayado en Chile la táctica del Frente Popular con resultados variados. El único triunfo neto ha sido la elección senatorial por Bío-Bío y Cautín, en donde venció el candidato frentista (radical) don Cristóbal Sáenz. Pero esa elección no ha desterrado totalmente los vicios electorales de Chile, ni, por consiguiente, ha cimentado sólidamente una conciencia de partido, una mística, indispensable para enfrentarse al dinero de la reacción.

Las elecciones parciales siguientes demostraron el poder de una formidable caja electoral. Las legislativas indicaron que en el Partido Radical había reductos opuestos al Frente Popular, y que las organizacio-

nes de trabajadores insistían en mantener su carácter apolítico.

En estas circunstancias se plantea una candidatura presidencial en un sector de adversarios de la Derecha tradicional chilena, al par que se fracciona uno de los partidos de Izquierda, si bien ese fraccionamiento lo afecta poco en sus bases.

El ambiente parece inamistoso entre los partidos de la Izquierda. En la Convención de Talca, como decimos, sectores del fuerte Partido Socialista han expresado que la candidatura de don Marmaduke Grove debe ser sostenida por los núcleos todos. Los radicales responden planteando su "mejor derecho". Pero, aún entre los radicales, este mejor derecho presenta y estimula una discusión interna que llega a tener agrios caracteres. La Derecha observa segura de que no podrá realizarse unión alguna entre los apasionados sectores de la Izquierda.

Así se llega al mencionado mes de noviembre de 1937. Venciendo sus disensiones intestinas el Partido Radical proclama la candidatura de don Pedro Aguirre Cerda para que sea propuesta a la próxima Convención de Izquierdas. Y en torno de él se unifican las diversas tendencias.

En la solemne actuación que consagra dicha designación, tanto el precandidato de Izquierda como el presidente del Partido Radical, don Gabriel González Videla, insisten en que no se trata de una imposición radical a la Izquierda, ni de una candidatura a la presidencia de la República, sino que el señor Aguirre

Cerda será el nombre que los radicales sostendrán disciplinadamente en la Convención del Frente Popular, anticipando que se someterán a los resultados de ésta.

Surgen debates acerca de la forma de votación: si será por lista o por cabeza. Los aires de la Revolución Francesa parecen presidir tales discrepancias. El "Tiers Etat" aborda su problema capital...

Se aprueba la votación por lista. Es decir, los delegados de cada partido votarán como partido por el candidato respectivo. De esta manera se advierte que salvo una renuncia voluntaria, nadie podrá ser electo en la Convención. La Derecha sonríe regocijada. Pedro Aguirre habla poco. No promete. No incendia corazones ni fantasías. No se jacta. No pierde su ritmo. Espera y concilia. Los antiguos radicales se le acercan esperanzados, pero no se ve cómo podrán solucionarse las fricciones internas de la Izquierda; ni cómo podrán entrar en un acuerdo final los dos poderosos contendores, Pedro Aguirre Cerda y Marmaduke Grove. Y mientras los partidarios de ambos se enardecen poniendo en peligro la unidad, ambos precandidatos mantienen inalterable calma, cordialidad ejemplar, y examinan el problema chileno con frialdad y precisión de verdaderos estrategas.

Candidatos intermedios. Actitudes dispares

Mientras la Derecha se aprestaba a lanzar un candidato de "fuerza" que opusiera una política dura a la

entonces discutible unidad de las Izquierdas, algunos sectores alejados de ambos campos, deseosos de polarizar a la llamada masa neutra, lanzaron dos candidaturas intermedias, de tipo diverso al que surgiría de las Convenciones de Derecha y de Izquierda.

Teniendo en cuenta que en Chile, tradicionalmente desde medio siglo atrás, hubo sólo dos convenciones y dos candidatos, aquellos intentos resultan inoportunos. Y si se agrega que a través de la lucha política de los últimos meses se habían agrupado las ideas en dos focos netamente opuestos—Derecha e Izquierda—tanto más difícil se hacía cualquier tentativa de intervenir entre ambas fuerzas.

Sin embargo, la Falange Conservadora o Juventud del Partido Conservador resolvió no apoyar a la candidatura del señor Gustavo Ross, que era mantenida por dicho partido, ni concurrir a la Convención de Derechas en vista de que su contextura no ofrecía garantías de imparcialidad e independencia. La Falange había formulado anteriormente otras declaraciones análogas, tendientes a provocar una reacción de tipo liberal, es decir, de tipo espiritual en el seno de su partido. Uno de sus jefes, el señor Eduardo Frei en su libro "Chile desconocido", hacía hincapié en la posición avancista en que se hallaban los jóvenes conservadores, y no tardaría en ocurrir que, frente a un desmán gubernativo, el ministro falangista, Leighton, presentara su renuncia, aunque otro miembro del gobierno, vinculado también a la Falange, permaneció en su puesto.

Los jóvenes conservadores y un numeroso grupo de miembros del mismo partido, encabezados por el senador Rafael Gumucio postularon la candidatura de don Jorge Matte Gormaz, connotada personalidad política, de tipo social-cristiano.

De momento se pensó que aquella candidatura impediría el extremismo de los que postulaban la candidatura Ross, y que, además, tenía grandes probabilidades de cruzar la que ya se veía triunfante candidatura en la Convención de Izquierdas, de don Pedro Aguirre Cerda.

El señor Matte Gormaz, tenía a su favor sus dotes de moderación y prudencia, que coincidían con las de su probable opositor, el señor Aguirre Cerda. Además podía tener la ventaja de que los "moderados" y "neutros" le apoyaran restando esos votos al candidato de la Izquierda, aguijoneados por el eterno fantasma del "miedo al comunismo".

Algo de eso se vió en ciertos movimientos políticos. Una fracción de la Acción Republicana, según se dijo, habría estado dispuesta a secundar al Frente Popular, siempre que no hubiera colusión con los comunistas, actitud que coincidía en principio, aunque sin que se hubiera llegado a una declaración oficial, con la de los jóvenes conservadores, más avanzados, en lo social que muchos hombres de centro, pero vinculados políticamente a la reacción.

Por otra parte, los nacistas prosiguieron su campaña en favor de la candidatura del general Ibáñez. A ella se unieron los miembros de la Unión Socialista

y de la Alianza Popular Libertadora formada entonces. El general Ibáñez formuló declaraciones de típico orden antimperialista, antifascista y antioligárquico. La fisonomía de su política acusaba indudable orientación de Izquierda. Esto implicaba una rectificación de la política nazi que se había caracterizado por una tenaz oposición a socialistas y comunistas y por un sentido más bien autocrático que democrático. Los años habían alterado la primitiva actitud del Movimiento Nacional Socialista y lo colocaban en la fila de los partidos democráticos.

La candidatura del general Ibáñez representaba una incógnita que despertó vivo interés en vista de que se presumía que, tras ella, existía un aparato armado y probables vinculaciones en el Ejército y los Carabineros de Chile.

Pensándolo así, seguramente, el gobierno se apresuró a separar a algunos jefes del Ejército que habían tenido estrechas relaciones con el general Ibáñez, entre ellos, principalmente, al coronel Tobías Barros Ortiz, inspector de artillería, a quien se solicitó su renuncia, y a quien se separó de su cargo en vista de su resistencia a acceder a los deseos del Ejecutivo en el sentido de renunciar voluntariamente.

La prensa gobiernista dirigió su fuego contra el general Ibáñez, y el propio presidente de la República aludió directamente a él en un discurso.

Mientras tanto, la discusión sobre la organización del Frente Popular que había dado lugar a disensiones en el seno del radicalismo, acerca del sistema de

voto —por persona o por partido— habían terminado. La fracción que, aparentemente simpatizaba con el general Ibáñez, fué vencida en la consulta interna del partido por la que patrocinaba el voto por partido. De este modo los radicales tendrían 400 votos uniformes en la próxima Convención de Izquierdas, pero no podrían controlar el resultado final de ésta en vista del gran número de electores socialistas —300— y la proporción dirimente de comunistas, demócratas y de la Confederación de Trabajadores de Chile.

La entonces irreductible oposición entre socialistas y naxis, y la presencia de la Unión Socialista al lado del general Ibáñez —formada por personas que habían abandonado las filas del P. S.—, no hizo viable la inclusión de las fuerzas del ex presidente en la Convención de Izquierdas.

En tales circunstancias se realiza ésta.

La Convención de Izquierdas

Tres días se han fijado para la realización de la Convención de Izquierdas. De todas las provincias llegan los delegados. En el salón de la Cámara de Diputados se alinean los 400 radicales, los 300 socialistas, los 160 comunistas, los 120 delegados de la Confederación de Trabajadores de Chile, los 120 democráticos.

Hay un ambiente tenso, cargado de presagios. Desde las primeras palabras se ve que la lucha será rudísima. Los radicales dan sus 400 votos a Aguirre

Cerda. Los 300 socialistas a Grove. Los democráticos y comunistas, a la expectativa, votan en blanco después del "saludo a la bandera" que estos últimos hicieron en la persona de Elías Lafferte. Los de la CTCH dividen sus votos: la mitad (socialistas) por Grove; la otra mitad (comunistas), en blanco.

Los diarios de la Derecha proyectan cálculos alegres: no habrá unidad. De pronto, en una de las votaciones los democráticos otorgan sus votos a Aguirre Cerda. Pero no es posible alcanzar la cuota de dos tercios que se requiere para triunfar.

A cada instante se traban pependencias. Los ánimos arden. En una de las reuniones, los radicales hacen una maniobra: el candidato interno que se opuso a Aguirre Cerda fué Juan Antonio Ríos, a quien se reputa cerca del grupo ibañista. Votan por él los radicales para intentar una conciliación. Los resultados son exactos. Entonces vuelven a Aguirre Cerda.

Ya parece que el impasse es insoluble y se llega al término del plazo de la Convención cuando ocurre lo inesperado. En momentos en que se abre la sesión matinal, se presenta la delegación socialista uniformada, con Grove y Oscar Schnake a la cabeza y ocupa sus asientos en medio de un impresionante silencio. Apenas abierta la sesión, piden la palabra. Grove mismo se adelanta en el estrado y lee una declaración terminante: el Partido Socialista en aras a la unidad de las Izquierdas ha resuelto aceptar, por fin, la reiterada declinación de su candidatura que ha hecho Marmaduke Grove... No lo dejan terminar.

Suena una tempestuosa aclamación en la sala. Vuelan sombreros por el aire. En muchos ojos asoman lágrimas. Y manos trémulas se buscan para abrazarse en una fraternidad profunda que brota de lo más íntimo del corazón. ¡Está hecha la unidad! Se realiza la siguiente votación, pero los socialistas indican que se debe aclamar por unanimidad a Aguirre Cerda. Así se hace entre una selva de puños en alto. Aguirre Cerda es el candidato del Frente Popular.

Inmediatamente, por aclamación también, Marmaduke Grove es designado presidente del Frente Popular.

La lucha está planteada. Días después, las Derechas que titubeaban entre don Jorge Matte Gormaz, hombre reputado tolerante y democrático, y don Gustavo Ross, eligen a éste. Tal elección no se produce en la Convención de la Derecha. Desde antes, don Jorge Matte y sus amigos han manifestado que no participarán en tal acto.

La Convención de las Derechas

Producida la designación de don Pedro Aguirre Cerda, quién definió en elocuentes palabras el significado nacional de su candidatura, su orientación popular y su tesitura democrática, las Derechas apresuraron la organización de su asamblea.

Se abstuvieron de concurrir a ella el señor Matte, el senador Gumucio y la Falange Conservadora. La Ac-

ción Republicana tampoco estuvo presente. Los delegados liberales, conservadores y demócratas que actuaron tenían clara filiación rossista. Días antes se habían producido disensiones en una asamblea conservadora, en vista de la intransigencia del Estado Mayor del partido, presidido por don Horacio Walker Larraín, que no admitió la discusión de otra candidatura, cerrando así el paso a la posibilidad de que se designara a don Jorge Matte.

La Convención proclamó al señor Ross. Inmediatamente se le dirigió un cable a Europa, en donde se hallaba, comunicando esta elección. Más tarde, el diario "Trabajo", órgano nacional-socialista, reprodujo un cable atribuído al presidente de la República, urgiendo al señor Ross a regresar al país para dirigir sus trabajos electorales. La acusación de "Trabajo" no fué desmentida por la Presidencia. En el público quedó la impresión de que la candidatura Ross era, por tanto, una candidatura oficial.

Prácticamente, estaban deslindados los campos. El señor Matte había retirado su candidatura por sentido de disciplina.

A la candidatura del señor Ross se le otorgó el nombre de "candidatura nacional".

A pesar de esto, no se exteriorizó ningún entusiasmo "nacional" en el país por tal motivo.

Poco más tarde, la Acción Republicana se sumó, por mayoría de votos, al sector derechista. La Falange Conservadora mantuvo su punto de vista señalando al señor Ross como personaje inconveniente, pero

aceptó la resolución del Partido Conservador. En suma: votarían por el señor Ross pero no trabajarían por él. Serían sufragantes, no propagandistas.

El 21 de mayo

En estas circunstancias se planteó un curioso conflicto que, aparentemente episódico, tuvo luego larga resonancia.

Los dirigentes de Izquierda solicitaron una entrevista al Presidente Alessandri para protestar por ciertas intervenciones políticas y ciertos atropellos. El señor Alessandri se negó a recibir a la comisión, diciendo que no podía conversar con quienes lo habían insultado.

Los dirigentes de Izquierda resolvieron entonces no permitir que, en la próxima reapertura del Congreso, leyese el señor Alessandri su mensaje y declararon que verían con desagrado su presencia en la casa de los legisladores. Encabezó esta actitud el presidente del Partido Radical, don Gabriel González Videla, vicepresidente del Frente Popular.

El Gobierno, además, había designado Ministro del Interior a don Luis Salas Romo, contra quien había numerosas sospechas de intervencionismo y de cuya anterior actuación ministerial se guardaban amargos recuerdos en las filas de la Izquierda.

La respuesta del Gobierno a la declaración de las Izquierdas fué amenazante, y dejó entender que no

perdonaría medios para hacer respetar a la persona del Presidente aun dentro del recinto legislativo.

El 21 de mayo se realizó la reapertura del período ordinario de sesiones del Congreso. Cuando el señor Alessandri iba a leer su Mensaje, solicitó la palabra el señor González Videla. Habiéndosela negado el presidente del Congreso, don Miguel Cruchaga, la Izquierda resolvió, en señal de protesta, abandonar la sala. Bastó esto para que agentes apostados de antemano agrediesen de hecho, dentro del propio local del Congreso, a los parlamentarios, golpeando brutalmente a algunos de ellos, como a los diputados radicales señores Justianiano Sotomayor y Fernando Maira, que fueron bárbaramente lesionados, y al jefe del Movimiento Nacional Socialista, diputado don Jorge González von Marées, quien, en defensa propia, al verse agredido, disparó un tiro de revólver al aire, sin herir a nadie.

No había ocurrido hecho igual en Chile. La violación del fuero parlamentario era evidente. Además, terminada la ceremonia, agentes de policía invadieron el local del Congreso y después de maltratar al presidente del Partido Radical y diputado señor González Videla, que trató de impedir que llegasen a la habitación en donde se hallaba, herido, el señor González von Marées, extrajeron a éste del local, sin orden de juez competente.

Posteriormente aparecieron documentos ad hoc, pero nada excusaba el atentado cometido.

La atmósfera política se cargó de presentimientos

y amenazas. La lucha iba a ser dura y sin cuartel.

Desde ese momento el Gobierno y la Derecha se habían colocado al margen de la ley. En los debates parlamentarios siguientes, la Izquierda se unificó, alineando en un solo frente a los diputados nacis e ibañistas y a los del Frente Popular.

Parecía lograda la unidad.

Aguirre Cerda regresa de la campaña del norte

Mientras esto ocurría en Santiago, don Pedro Aguirre Cerda se hallaba dirigiendo la campaña presidencial en el norte del país. En compañía de Marmaduke Grove, de Oscar Schnake, secretario del Partido Socialista, de Carlos Contreras Labarca, secretario general del Partido Comunista, del senador Pradenas Muñoz, presidente del Partido Demócrata, de delegados del Partido Radical y de la Confederación General de Trabajadores, don Pedro Aguirre había comenzado una verdadera cruzada nacional.

Tácticamente, con un profundo sentido político y con vasto conocimiento de la geografía política del país, empezó por el norte, en donde la Izquierda había obtenido sonados triunfos en la elección parlamentaria, y en donde la experiencia de la lucha permitía asegurar un indestructible baluarte izquierdista.

Aguirre Cerda, con una energía y una disciplina que no se le suponían, pues siempre se había manifestado remiso a exhibiciones públicas, recorrió pueblo

por pueblo y se sobrepuso a intentos de coacción ejercitados por algunos agentes y empleados fiscales.

Se le veía a toda hora dispuesto a marchar a donde conviniese. Detenida su comitiva de automóviles en un lugar desamparado de la pampa salitrera, no titubeó en hacer el trayecto a pie, a pesar de los inconvenientes del clima y el terreno, y galvanizó el entusiasmo de sus partidarios. Visitó escuelas, oficinas, hospitales, conventillos, campamentos: en todas partes pronunciaba discursos mesurados y profundos. No era el caudillo que iba a agitar conciencias, sino a alumbrarlas, a hacer ver problemas, a decir verdades.

Desde los lejanos días del año 20, el norte no recibía una embajada de esa naturaleza. Meses antes, la campaña electoral había permitido oír la nueva verdad de labios de Oscar Schnake, Manuel Eduardo Hübner, Contreras Labarca, Elías Lafferte y otros líderes del socialismo y del comunismo chilenos; había escuchado el verbo tremante de Gabriel González Videla, en su lucha con el candidato gubernamental señor Ríos Arias; pero Pedro Aguirre Cerda traía un acento nuevo: acento de experiencia, de voluntad reposada pero firme, reñida con toda demagogia, sin concesiones al aplauso, sin halagar pasiones, planteando problemas y señalando soluciones.

El norte se volcó íntegramente en esta cruzada. Juró defender los ideales del Frente Popular y acatar las decisiones de sus dirigentes.

Estaba en esta jira don Pedro Aguirre, cuando recibió la noticia de lo ocurrido en Santiago el 21 de

mayo. Inmediatamente protestó contra el desmán y regresó a la capital.

Fué una apoteosis. La estación Mapocho y el Parque Forestal estaban cubiertos de manifestantes con antorchas. Se había hablado de que la unidad era un hecho y eso acrecentaba el entusiasmo.

Sin embargo, no estaba coronado este anhelo de todos los demócratas de Chile.

Pedro Aguirre pronunció en esa ocasión un discurso severo, parco en promesas pero nutrido de observaciones. No un discurso para arrancar aclamaciones sino para hacer meditar. Se veía al hombre estudioso y consciente, enérgico y sereno, que asumía con plenitud de conciencia la responsabilidad y la esperanza en él depositadas.

A su lado, la figura de Marmaduke Grove, el autor de la unidad, resaltaba por la abnegación con que había hecho y seguía haciendo la campaña por la candidatura frentista. En ningún momento dió la sensación de desgano, sino la de un cooperador fervoroso y decidido.

Consciente de su papel, generoso como pocos, todos los discursos de Grove tendían a relieves la figura de Pedro Aguirre, a pedir a sus partidarios la cooperación y el apoyo que le hubieran prestado a él mismo.

Todos los jefes de los partidos frentistas competían en esta lid caballeresca de rodear al candidato popular de simpatía, de obediencia, de adhesión sincera, de respeto. Todos contribuyeron con los más nobles sen-

timientos y con la más clara concepción política del momento.

Pero, entre todos, es justo subrayar la posición de Grove, quien cedió los 360 votos imbatibles que tuvo en la Convención de Izquierda y el concurso de sus numerosos partidarios en aras de la unidad y del triunfo, al candidato, entonces radical y después nacional, Pedro Aguirre Cerda.

Este no olvidó en ningún instante a través de ésta y las otras jiras el noble gesto de Grove. Y lo relievó en toda oportunidad como un modelo de civismo.

El comentario público recordaba a propósito del desprendimiento de Grove, la ejemplar actitud del prócer O'Higgins cuando abandonó el poder para conservar la unidad chilena en la lucha por consolidar la emancipación.

Y Pedro Aguirre, genuino intérprete del sentimiento popular, fué el primer en reconocerlo así.

Causas de la unidad

Para algunos observadores superficiales, la unidad que ya representaba entonces el Frente Popular se debía a causas políticas. No ha sido así.

Hay datos estadísticos y realidades políticas que permiten comprender mejor lo acaecido.

En Chile no podría triunfar ningún partido aislado, porque las fuerzas políticas se hallan sumamente divididas entre grupos que cuentan con un largo ejer-

cicio electoral y otros nuevos que tienen una intensa labor en la calle.

Los conservadores que constituyen por su dinero y sus clientes uno de los más poderosos sectores del país, no podrían por sí solos aspirar a ganar una elección sin el concurso de otras tiendas que, aunque diminutas en número de feligreses, tienen considerable entrenamiento político, influencia económica y experiencia electoral: tales son los liberales; y sin el apoyo de jóvenes que, siendo socialmente centristas y no comulgando políticamente con la intransigencia de los "viejos", actúan con éstos por temor al "extremismo izquierdista" —tales son la Falange Conservadora y la Acción Republicana.

Los radicales que constituyen un partido a quien suele calificarse de "fantasma", porque no sale a la calle pero da alrededor de ochenta mil votos, están fuertemente solicitados por las nuevas ideologías y mantienen, dentro del seno de su partido, un equilibrio inestable.

Los socialistas, que son la segunda fuerza de la Izquierda, contando como tal a los radicales, los cuales, en realidad, están más al centro, y que, descartando a éstos son la primera fuerza de Izquierda, controlan alrededor de setenta mil votos firmes y una mística política que llega como ha llegado muchas veces al sacrificio.

Los comunistas, que representan una cuota cercana a treinta mil votos, tienen actividad y fervor que compensan su número.

Los miembros del Movimiento Nacional Socialista representan un número tal vez inferior al de los comunistas, pero tienen también agresividad y dinamismo que los hace muy apreciables.

Los demás partidos significan un aporte dirimente en cualquier contienda. Unos por demasiado nuevos, otros por ser supervivencias de partidos ya en liquidación, son sin embargo factores decisivos en caso de una pugna electoral.

De ahí que pretender realizar en Chile, en las actuales circunstancias, una campaña electoral de un solo partido o aun de dos partidos solos, era y todavía es ilusorio. La táctica de las alianzas se ha llevado a cabo siempre, según hemos reseñado, en convenciones de diverso tipo. La innovación del Frente Popular consistió en la admisión del comunismo que siempre había sido tenido por excesivamente peligroso, y el robustecimiento de la alianza de izquierda sobre bases que necesariamente tenían que atraer no solamente a los hombres de ese matiz, sino también a los que no deseaban la implantación de un régimen antidemocrático, como era el que ya se anunciaba con la candidatura del señor Ross, considerando sus declaraciones como Ministro y la actitud de los principales gestores de sus pretensiones.

Por otro lado, hay datos que corroboran todo esto, Chile, que ha llegado a un alto desarrollo material y espiritual, ofrece la más saltante división de clases que cualquier otro país de América.

En Chile, según don Horacio Serrano en su libro

“¿Hay miseria en Chile?”, hay un 70% de analfabetos. Y del 30% de alfabetos, sólo la tercera parte está inscrita en los registros electorales.

El siete por ciento de los propietarios rurales posee el 90% de la zona agrícola, es decir que hay un 93% de propietarios que sólo controlan el 10% del área total. El latifundismo es, como se ve, terrible.

Se considera que un habitante necesita en Chile para comer tres pesos diarios. En la mayoría de los casos, éste es el salario de un trabajador para él y su familia.

A causa de la miseria, en Chile el término medio de la vida es de 22 años. La mortalidad infantil es de 240 por mil, antes que los niños cumplan un año. El índice de tuberculosos es también excesivo: de cada 100.000 habitantes, 253 mueren de ese mal. La gripe con 134, la sífilis con 25, el exantemático con 16, siendo, el índice en este azote mayor al de todos los países del mundo.

Se calcula que en los conventillos viven en cada pieza cuatro personas, y cálculos dados por el señor Eduardo Hamilton en una investigación que realizó en un barrio obrero de Santiago, señalan que duermen 3 personas en cada cama.

La mortalidad en Chile es de 25 por mil.

De cada mil niños que nacen, 300 son ilegítimos, es decir que el índice de ilegitimidad es de 30%.

No seguimos copiando más datos del señor Serrano porque sería presentar cifras alarmantes. El país no es tan pobre como se presume, pero la riqueza

está peor repartida que en muchos países. La clase alta desprecia al nativo, y este desprecio fué claramente expresado por el señor Ross cuando declaró a un periodista extranjero que el chileno no era apto para el trabajo.

En realidad, lo que ocurre con el obrero y el campesino chilenos es que no está suficientemente alimentado para rendir grandes tareas.

De ahí que la propaganda del señor Aguirre Cerda, manejando acertadamente la estadística, se redujo en sus jiras, más que a promesas de orden político, a investigar y tratar de preparar soluciones para cuestiones básicas: alimento, abrigo, educación y vivienda.

No es de extrañar que un pueblo se adhiriera fervorosamente a un movimiento que, en vez de lanzar frases declamatorias, trataba y trata de cumplir una modesta tarea de asistencia social, que, en sí, encierra los gérmenes de una absoluta transformación social, económica y política del Estado.

Pedro Aguirre Cerda, maestro desde su juventud, estudioso durante toda su vida, hombre de realidades y no de discursos, abrió los ojos del pueblo hacia sus verdaderos problemas, hirió la fibra sensible del hombre de la calle y del campo, descubrió la tarea inaplazable de todo gobierno realmente nacional, en vez de entretenerse en divagaciones teóricas y en promesas sonoras muchas veces irrealizables. Más práctico que teórico, más realista que dogmático, dejó de lado lo ostentoso de los programas políticos y se ciñó a posi-

bilidades, a hechos, en los cuales está la esperanza de engrandecimiento de un pueblo digno y capaz de mejores destinos.

La voz de la calle

Definidos los campos, desaparecida la candidatura del señor Matte Gormaz, quedan frente a frente la de don Pedro Aguirre Cerda y la de don Gustavo Ross. Todos piensan que ha llegado el momento de la unidad total de las Izquierdas, porque, dado el volumen de la caja y de la influencia del candidato derechista, sólo hay un medio de derrotarlo: unidad total. Sin embargo, persiste la candidatura del general Ibáñez.

Algunos sectores de ésta, singularmente el órgano "La Opinión", realizan una política cauta, que no permite ataques entre ambos candidatos democráticos y antimperialistas. Las declaraciones del Movimiento Nacional Socialista se han resuelto francamente por estos dos postulados. Y aunque la prensa de derecha hablaba de seguras defecciones de miembros de aquel partido, se echa de ver que la disciplina férrea del grupo ha dominado cualquier intento individual de deserción.

Los cálculos realistas hablan de un electorado de 180.000 votos para el Frente Popular y unos 35 a 40 mil para el general Ibáñez, mientras la cuota del señor Ross depende exclusivamente de su caja electoral y se presume que no puede pasar de 220.000 votos suponiendo un gasto de 30 millones en cohechar ciuda-

danos. Sobre esta base el Frente Popular arrecia su campaña y lleva a cabo constantes jiras de sus dirigentes. Don Pedro Aguirre decide hacer varios viajes por el sur, visitar hasta el último rincón del país en esa zona que se sabía bajo el control de los patronos de fundos, del latifundismo conservador y liberal. Con un exacto sentido de la realidad, el candidato frentista apunta su artillería hacia el sur, seguro como se halla de que el norte, la capital y el primer puerto de la República le darán resultado favorable. Al mismo tiempo, las juventudes socialista y comunista desarrollan una activísima campaña de penetraciones en el campesinado. Una prudencia suma preside los discursos de la campaña. Más bien la Derecha exagera los términos de sus proclamas y habla con tono amenazador.

El general Ibáñez lleva a cabo también varias jiras con resultados diversos. En algunas zonas encontró considerable eco su figura. Hasta ahí, a pesar de la impaciencia que provocaba el mantenimiento de dos candidaturas, en los partidarios del Frente y del señor Ibáñez, se habían evitado los choques entre ambas agrupaciones.

El señor Ross regresó de Europa en avión y no se le hizo manifestación pública, excepto los aplausos de algunos centenares de amigos que lo fueron a saludar al campo de aterrizaje. Desde el comienzo el señor Ross adoptó una actitud de desconfianza para con la opinión pública. Parapetado tras la radio, desde ahí leyó algunos discursos fríos. Para contrarrestar el mal

efecto de esta ausencia de calor catequista, los propagandistas hablaron del "hombre de los hechos". En las jiras que, luego, realizó, más pareció un personaje exhibido por sus empresarios que un caudillo político que busca al pueblo para conocerlo y ser su intérprete.

Evidentemente, tenía razón el señor Ross en desconfiar de la calle. Esta se hallaba volcada con don Pedro Aguirre. Y lo curioso para todos es que Aguirre seguía con su misma actitud serena, sonriente, mesurada, diciendo cosas concretas, sin promesas alucinadoras. Un comentarista político dijo: "Si la Izquierda tuviera un caudillo como el Alessandri del año 20, ya habría barrido con toda oposición". Don Pedro Aguirre, cuentan, que conoció el comentario y sonrió maliciosamente. No trató por eso de convertirse en un orador fogoso. Prefirió seguir enunciando hechos y más hechos, cifras y más cifras; y en cada discurso surgía, de pronto, el problema educativo. La educación seguía siendo el problema central, el afán primordial de don Pedro Aguirre. La misma idea de Sarmiento. La misma inspiración de los infantiles días en Pocuro. Una escuela que no crea letrados sino hombres conscientes. Una escuela paridora de caracteres cívicos. Una escuela, cuna de ciudadanos...

En julio, el Frente Popular decidió llevar a cabo una Marcha de la Democracia en Santiago. Los cálculos de los derechistas eran risueños. Los escépticos pensaban en 20,000 almas y en un desorden tremendo. Fué grande la sorpresa cuando, desde el Parque

Cousiño empezó a desfilar la enorme masa. Un orden absoluto presidía la demostración. Primero marchaban los radicales, "el partido fantasma", en menor número que los demás en la manifestación —en las elecciones serían los más cuantiosos—; luego el Partido Socialista con una disciplina perfecta, agrupado en secciones, luciendo la camisa color acero y las corbatas rojas insignias del partido, presidido por don Marmaduke Grove y por don Oscar Schnake, sus dirigentes máximos: después el Partido Comunista en orden también perfecto, con todas sus secciones, con don Carlos Contreras y don Elías Lafferte; el Partido Democrático, más pequeño, pero igualmente disciplinado, con el senador Pradenas Muñoz. Durante cerca de tres horas desfiló aquella multitud. A pesar de algunas provocaciones de parte de elementos gubernativos, soslayaron los ataques y prefirieron anonadar con la magnífica presentación de su masa y de su disciplina.

No era posible desdeñar aquel aviso. El pueblo estaba, sin duda, con el Frente Popular. Pedro Aguirre habló entusiasta, pero siempre controlado. Cerca de él, revistando aquella demostración, estaba don Arturo Olavarría, generalísimo de la campaña del Frente, miembro del Partido Radical y factor considerable del triunfo.

Lo que dijo Aguirre aquel día no lo olvidó nadie: no amenazó, no pronunció una arenga lírica: enunció una vez más propósitos posibles, raciocinios fundados, hechos y más hechos. Y tan a tono estaba con su pue-

blo que no hubo quien no sintiera que aquel hombre de pequeña estatura, de tez morena, ojos rasgados y voz uniforme, pero clara y cortante, llevaba dentro de sí la más íntima seguridad de su misión y la voluntad irrefragable de lograr la victoria.

La calle se había decidido rotundamente por Aguirre Cerda. El maestro de Pocuro tenía desde ese instante entre sus manos los destinos del país.

Intervalo político.

La Marcha del Triunfo

Durante los meses de julio y agosto, la Derecha siguió su política de discursos por radio, exhibición de su candidato sin que se dirigiera al pueblo, hostigamiento a la división de las Izquierdas. Como se descubriría más tarde, en el lado del general Ibáñez había elementos que, so pretexto de impedir ninguna transacción y de defender el mejor título de su candidato, estaban en realidad sirviendo de agentes provocadores al servicio de las Derechas. Ello quedó confirmado cuando, más tarde, la Unión Socialista denunció y expulsó a quienes así procedieron durante largas semanas de perplejidad, explotando una situación dañosa a las Izquierdas.

Ya algunos elementos del ibañismo se habían puesto en relación con los dirigentes del frentismo, y se veía que la oposición socialista había cedido en aras a la necesidad de obtener la victoria. A su vez algunos

líderes radicales, especialmente, don Gabriel González Videla y don Juan Antonio Ríos, habían hecho sondeos para obtener la fusión. Pero algunos pertinaces malentendidos y la tenaz campaña desarrollada desde adentro por agentes provocadores de la Derecha, enturbiaban las conversaciones y obstaculizaban un arreglo definitivo.

Mientras tanto, la directiva de la campaña del general Ibáñez resolvió realizar en Santiago una gran concentración y organizar una "Marcha del Triunfo" el 4 de septiembre. De todos los puntos del país llegaron partidarios del candidato de la A. P. L., especialmente militantes nacistas, que, con su entusiasmo y juventud, contribuyeron mucho a relieves la Marcha.

Aquel desfile nacional realizado en Santiago demostró que las fuerzas con que contaba el general Ibáñez eran fervorosas y que reinaba en ellas un clima de disciplina y ardor, dignos de ser tomados en cuenta.

Al día siguiente, la prensa relataba lo ocurrido con algún desconcierto en la Derecha y con simpatía en "La hora" y naturalmente en "La Opinión". Desgraciadamente, hubo un altercado personal entre nacional-socialistas y socialistas, que llegó a vías de hecho y que enturbió la atmósfera, cargándola con tintes dramáticos.

Todos discutían el significado de la manifestación ibañista, cuando, poco después de mediodía del lunes 5, se escucharon unas detonaciones en el local del Seguro Obrero, frente a la Moneda, y circuló la temida palabra: "Revolución".

La tragedia del 5 de septiembre

No se han esclarecido aún totalmente los orígenes y desarrollo completos de los sucesos del 5 de septiembre. Lo que se sabe hasta hoy permite afirmar, a mérito de la patética autoacusación del señor González von Marées, que éste y algunos prominentes miembros del Movimiento Nacional Socialista, convencidos de que el gobierno impediría el libre sufragio, propugnaron la formación de un Ejecutivo que otorgase garantías a todos los contendores y no ejerciese coacción en los funcionarios y ciudadanos, como ya estaba ocurriendo en muchas partes del país. Viendo que los sucesos del 21 de mayo habían quedado impunes; que seguía en su puesto el Ministro Salas Romo y que el Presidente de la República no perdía oportunidad de hacer expresiva su simpatía por el señor Ross, decidieron algunos jefes del Movimiento Nacional Socialista dar un golpe de Estado, derrocar al señor Alessandri e instaurar un gobierno que diese esas deseadas y necesarias garantías.

La toma del local del Seguro Obrero y de la Universidad de Chile eran partes del plan. Fracasaron otros sectores. El Ejecutivo recuperó la Universidad. El general Ibáñez se entregó prisionero en un cuartel. Y mientras tanto, ocurrió la espantosa masacre del Seguro Obrero.

Un grupo de jóvenes miembros del Movimiento Nacional Socialista que habían caído prisioneros en la

Universidad y que, con las manos en alto, eran conducidos a Investigaciones, fueron introducidos —¿por orden de quién?— al local del Seguro, utilizados como escudos contra sus compañeros que resistían en los pisos altos; y cuando todos se hubieron rendido, funcionaron, dentro del local tatídico, fusiles y pistolas y segaron la vida de todos los prisioneros, los del Seguro y los conducidos desde la Universidad.

No se ha hecho aún luz plena sobre aquella hecatombe, pero lo que se conoce basta para asegurar que alguien dió la orden de "nadie debía salir con vida de ahí"; que se despidiera a los médicos que fueron a ofrecer sus servicios para curar heridos "porque no habría heridos", y que, luego, se quiso tender un velo sobre lo ocurrido. La explicación que, por radio, dió el señor Alessandri sobre aquel episodio terrible no satisfizo a nadie. Pero, menos satisfizo la actitud de la mayoría derechista del Congreso, que otorgó Facultades Extraordinarias al Gobierno en vísperas electorales, en circunstancias que no existía conmoción interna. Además, se perdió la confianza en la Falange Conservadora que, usando de una libertad de acción discutible, por lo menos en ese caso, dividió sus votos entre la oposición y el gobierno.

Quedó probado que los heridos fueron repasados, que los prisioneros —jóvenes universitarios y empleados—, cayeron materialmente asesinados, indefensos. Y a raíz de ello, la mayoría permitió que el Estado de Sitio acallase las protestas y se ejerciera una mar-

cada censura contra la propaganda electoral del señor Aguirre.

Procesado el señor Ibáñez, perseguidos los dirigentes del Movimiento Nacional Socialista, preso y con petición de sentencia de muerte el jefe de éstos, señor González von Marées, había terminado la candidatura del general Ibáñez y no quedaban sino las de Aguirre Cerda y Ross.

Este último no emitió opinión alguna sobre la tragedia del 5 de septiembre. El señor Aguirre, como candidato a la presidencia, y el señor Grove, como presidente del Frente Popular, expresaron su repudio tanto a la intentona de apoderarse del gobierno por medio de la fuerza como a la decisión de quedarse en él usando de la misma.

En el Senado, en la Cámara de Diputados y en la prensa, el Frente Popular execró los asesinatos del 5 de septiembre.

En el diario "El Sur" de Concepción, el señor Aguirre expresó que protestaba contra la prisión de un candidato a la presidencia, como era el general Ibáñez, pero esa protesta no fué publicada en Santiago por haberlo impedido la censura.

La indignación pública fué tremenda. Desfiles de mujeres, de jóvenes, expresando su dolor y su condenación fueron dispersados por la fuerza. Bajo pretexto de evitar publicaciones tendenciosas, se suprimieron las declaraciones del señor Aguirre y de connotados frentistas. En cambio, la prensa de Derecha pudo publicar cuanto le vino en gana sobre el proceso.

En tales circunstancias se operó la unidad de las Izquierdas: era ya a mediados de octubre y sólo faltaban diez días para las elecciones. La sangre de los mártires nacistas fué el precio y sello de tal unión.

Libertad del general Ibáñez

Producida la unión de las Izquierdas y faltando sólo dos días para las elecciones, fué puesto en libertad el general Ibáñez. Manifiestamente se pretendió con eso desconcertar a la Izquierda y dar a entender que el general seguía siendo candidato. Los diarios de derecha publicaron los retratos de los "tres" candidatos, haciendo caso omiso de la expresa renuncia que el señor Ibáñez, en noble gesto, había hecho de su candidatura poco después de recibir en la prisión la visita de don Pedro Aguirre Cerda y de los líderes del Frente Popular.

Pero fracasó también esta maniobra. Apenas en libertad, el general Ibáñez fué nuevamente visitado por el candidato del pueblo; las fotografías de la entrevista y un autógrafo del general recomendando expresamente a sus partidarios sufragar por don Pedro Aguirre Cerda, sirvieron para convertir el ardid imaginado contra la unidad popular, en una contribución más en favor de ésta.

La víspera de los comicios encontró a la Izquierda más férreamente unida que nunca. Los dirigentes del sector ibañista, señores Tobías Barros, Agustín Vigorena, Juan Bautista Rossetti y Ricardo Latcham, con-

fraternizaban abiertamente con los del Frente Popular. Y, nuevo ejemplo de desinterés, en esta memorable campaña el general Ibáñez prestaba su contingente a la causa del señor Aguirre Cerda.

Evidentemente la nobleza que presidió los actos de la Izquierda no era esperada por parte de la Derecha, dividida por odios y cargada de pasiones.

El 25 de octubre

Pocas veces se ha visto en Chile, mayor expectación. Periodistas extranjeros vinieron especialmente a presenciar estos comicios en los que se enfrentaban resueltamente dos principios sociales y económicos. No era el encuentro de dos personas, no era el duelo entre dos caudillos: era la lucha entre dos conceptos de la autoridad, entre dos ideas humanas.

En vísperas del 25 de octubre, se realizaron actos de violencia, en varias provincias. En Illapel fué asesinado el dirigente radical señor Bernardo Ros Peña por agentes de la reacción.

Las mujeres de Izquierda asumieron una labor preponderante contra el cohecho. La Izquierda carecía de dinero para comprar conciencias, y se batía con sus propios medios. La Derecha hablaba de una caja electoral formidable y controlaba completamente los resortes legales.

Todo se había puesto en juego: sobres transparentes para controlar el voto; tubos conteniendo votos para el señor Ross; "sobres brujos"; locales para en-

cerrar votantes dudosos; acarreadores protegidos en muchas ocasiones; negativa de algunas autoridades a perseguir el delito de cohecho y, a veces, protección a los cohechadores; propaganda por radio; prisión de mujeres y de ciudadanos que trataban de impedir el delito de cohecho; violencia y corrupción en suma se dieron cita en una sola mano: la de la Derecha, decidida a ganar la presidencia de cualquier modo.

Del otro lado, serenidad y fe.

Días antes de las elecciones, el señor Aguirre Cerda, en vista de la intervención de autoridades gubernativas, solicitó una entrevista al Presidente de la República. El señor Alessandri, repitiendo su actitud de meses antes para con los dirigentes de Izquierda, se negó a conceder dicha audiencia. Como respuesta, el señor Aguirre, lanzó un manifiesto concebido en enérgicos términos. Uno de sus párrafos anunciaba que su gobierno exigiría responsabilidades por los atropellos cometidos aún a los que estuvieran colocados más alto.

En este ambiente de francas hostilidades se realizaron los comicios.

Desde las primeras horas del 25 de octubre se vieron dos espectáculos en todas las ciudades de Chile: de una parte una fila disciplinada de ciudadanos que iba a votar libremente y, de otra, grupos de acarreadores que, a vista del público y de la policía —con raras excepciones— ejercían el cohecho más desenfrenado.

El juez de Santiago, señor Sepúlveda, comprobó

que en sólo un local había quinientos ciudadanos encerrados para que no votaran, delito cometido por la Derecha. Y aunque había dado orden de prisión contra ese grupo, otra autoridad los puso en libertad burlándose del juez.

No obstante, las primeras noticias a las 5 de la tarde empezaron a descorrer el velo. "Triunfó Aguirre Cerda", era el grito general. Y aunque las radios, bajo la influencia de capciosas noticias partidistas, retardaban pronunciarse con resultados finales, pronto se hizo conciencia que el candidato de las Derechas había sido derrotado a pesar de los esfuerzos desplegados y de la enorme suma de dinero invertida.

Las calles de Santiago presenciaron continuas, numerosas y entusiastas manifestaciones de júbilo. De todas las bocas brotaban las palabras de la Canción Nacional. Había triunfado el pueblo. La victoria había sido arrebatada a la reacción, merced al entusiasmo, la decisión y la fe de los partidos unidos.

Y mientras las Derechas presagiaban una era de grandes trastornos y algunos centros sociales cerraron sus puertas temerosos de un asalto de la multitud, ésta, posesionada de la calle, rotos los diques de la compresión oficial, daba el ejemplo de su autodisciplina, de su propio control, de su decisión de ser libre, respetada y fuerte.

Los episodios siguientes a la noticia del triunfo de Pedro Aguirre Cerda tienen una importancia aleccionadora. Tratemos de investigar su significado.

Consecuencias del triunfo

En primer lugar surge la incógnita del número por el cual triunfó don Pedro Aguirre. Los cómputos oficiales le otorgan un margen de poco más de 3.000 votos sobre el señor Ross, asignándole aproximadamente 221.000 votos. La realidad es otra. Por de pronto ha habido "comunidades hechizas" en donde el señor Ross alcanzó centenares de votos y el señor Aguirre ninguno, lo cual certifica el vicio de nulidad de tales cómputos. Además, hubo numerosos obreros de algunos minerales que no pudieron sufragar porque se interrumpieron maliciosamente los medios de transporte. Por último, empresarios derechistas encerraron a millares de obreros de Izquierda en locales especiales. En sólo uno de ellos observó el juez Sepúlveda, como ya dijimos, que había alrededor de quinientos; y de estos locales hubo varios en la capital. Un cálculo prudente hace fijar la diferencia, considerando estas circunstancias y la de haberse hecho votar a "fallecidos" en ciertas comunas controladas por el derechismo, a no menos de 20.000 votos.

Pero existen otros dos hechos: la mayoría de los inquilinos votaron, como es costumbre, "por el candidato del patrón", obligados por los dueños de fundos, es decir, respondiendo a directivas y consignas amenazadoras. Lo cual indica que la tarea de penetración entre los campesinos —como se hizo en muchos lugares con plausibles resultados —variará totalmente el

ambiente electoral en unas próximas elecciones. La otra circunstancia es el cohecho. Fué ejercitado impúdicamente. La Derecha gastó alrededor de treinta millones en comprar votos. Se cotizaron éstos desde 50 hasta 300 pesos. Un cálculo derechista señala que la compra fué más o menos de ochenta mil votos. O sea que con una vigilancia atenta, de acuerdo con la ley que prohíbe y castiga el cohecho, las Derechas habrían obtenido apenas 120,000 votos y la Izquierda 300,000, cifras que, aproximadamente, corresponden al mapa de la opinión en Chile.

Desde el punto de vista táctico se lograron otras experiencias.

La unión de partidos diversos, fusionados por el común denominador democrático, ha revelado que los hombres de temperamento autoritario y sus clientes son minoría en el país; que la democracia es una palabra mágica; que hay ansia de libertad y de justicia; que la mística puede más que cualquier otro señuelo; que el sacrificio no es imposible en una masa consciente e idealista; y que a un ejemplo dignificador de arriba responderá siempre también una actitud dignificadora de abajo.

Entre los dirigentes de la Izquierda se han destacado dos personalidades con caracteres más acusados que los demás, siendo así que todos rivalizaron en interés y entusiasmo: ellos son Pedro Aguirre Cerda, con su comprensión medular del momento, y Marmaduke Grove con su abnegación inicial y reiterada a lo largo de toda la campaña. No se puede callar tam-

poco el conmovedor gesto de González von Marées al atribuirse la responsabilidad en la promoción del movimiento del 5 de septiembre; la del general Ibáñez al retirarse en favor de Aguirre Cerda; la del senador Pradenas, la de los dirigentes de la CTCH, la de los líderes Oscar Schnake y Carlos Contreras Labarca, González Videla y Arturo Olavarría. Cada uno en su esfera y dentro del campo que le fué designado, desempeñó una actividad cooperadora de señalada importancia.

Por otra parte, se ha evidenciado madurez política en la Izquierda. El solo hecho de la unidad en la convención de abril demostró que había ductilidad y realismo en ella. La fusión con el general Ibáñez y sus fuerzas corroboró estos hechos. Pero, lo más sorprendente para muchos, ha sido la conducta de la Izquierda después del triunfo. Mientras la Derecha nerviosamente apelaba a todo género de recursos para disminuir, torcer o impedir la victoria de Pedro Aguirre, éste ha conservado una calma impresionante.

Las masas chilenas no han tenido un solo desborde. Ni siquiera se han lanzado a la calle en manifestaciones bulliciosas. Logrado el objetivo propuesto han concentrado toda su atención en organizarse dejando a los dirigentes la tarea de afianzar la victoria, confiando en ellos y secundándolos fielmente y en todo momento.

Esta serenidad ha sido el arma decisiva para cortar las conspiraciones derechistas. Contra ella se han estrellado los anhelos de turbar la paz.

En tal empeño, las Derechas han dado una lec-

ción clara de lo que fué la provocación reaccionaria en España. En Chile ha triunfado el pueblo, y la Derecha ha tratado hasta lo último de frustrar ese logro apelando a turbios manejos financieros, a especulaciones en la Bolsa, produciendo pánico monetario y, por último, tratando de promover una insurrección militar.

En tal propósito tropezó con el ánimo decidido del Ejército, la Marina y los Carabineros, de respetar los resultados electorales del 25 de octubre. El desistimiento del señor Ross publicado el 12 de noviembre no se ha verificado en virtud de ninguna presión de las instituciones armadas, sino que éstas, al ser consultadas, por medio de sus jefes, han respondido con la única respuesta posible: que ellos empuñan las armas para defender la Constitución en el interior del país, y la Soberanía en el exterior. La Derecha, que quería lanzarlos a la guerra civil, contra la voluntad popular, los ha tratado de acusar de conspiradores, siendo así que tal imputación es notoriamente falsa. Con ella sólo han conseguido poner en evidencia que el pueblo entero y sus instituciones tutelares se hallan unidos en la decisión de acatar los dictados de la elección realizada.

De tal modo ciérrase un capítulo importantísimo de la historia chilena, y se abre la gran interrogación de lo que hará el gobierno del Frente Popular.

Composición y propósitos del Frente Popular

El V Congreso del Partido Socialista ha decidido que participará en el Gobierno. Los comunistas han resuelto que apoyarán pero que no colaborarán en él. El Presidente Electo ha expresado en la inauguración del Congreso Socialista que su gobierno requiere el concurso de todos los partidos que constituyen el Frente Popular. Ir al gobierno no significa en las actuales circunstancias un galardón: es una responsabilidad y hasta un sacrificio, y el que se negara a afrontarlos podría correr el riesgo de ser considerado en forma desfavorable.

De todos modos, por encima de las maniobras de cualquier agrupación, existe ya una mística frentista en Chile y un piloto que ha sentido las manifestaciones de su pueblo y se halla resuelto a satisfacerlas.

Pedro Aguirre Cerda, poco después de la victoria, ha dicho a don Ismael Edwards Matte, en la entrevista aparecida en la revista "HOY", contestando a la siguiente pregunta del señor Edwards Matte:

"—¿Ha oído decir, don Pedro, de algunos consorcios industriales que se cuotearon para "hacer caja" para la candidatura del hombre "desconocido de la derrota", cuya "vida de triunfos" fué tan ponderada por algunos panegiristas con taxímetros?"

"—Desgraciadamente lo he oído decir. Y si ello es efectivo, ahí tiene Ud. otra causa positiva de la ner-

viosidad que se advierte en el mercado bursátil. Los directores de empresas, que olvidando sus deberes, embarcaron a sus negocios en aventuras políticas, es posible que ahora mediten en la imprudencia que significa hacer intervenir la finanza de los negocios en la política. Algunos de esos directores es posible que aún consideren prudente desprenderse de una parte de sus acciones. La oferta nerviosa, siempre produce bajas en el mercado de valores. Por otra parte he sabido también que algunas firmas extranjeras que trabajan en Chile, erogaron gruesas sumas de dinero para la caja electoral derechista. Eso es sencillamente inaceptable. Los capitales extranjeros trabajan bajo el amparo del pabellón nacional, que no tiene tendencia política. **Hacen mal los capitalistas extranjeros al intervenir en nuestras diferencias internas. Hagan política en su tierra. Pero aquí trabajen y si quieren jueguen "bridge" o "golf" o lo que quieran. Pero no intervengan en política...**

"—He oído narrar circunstanciadamente y se me han proporcionado cifras y números de cheques, que hacen presumir o saber, que algunos industriales llevaron su miopía y su imprudencia hasta el grado de coleccionar fuertes sumas de dinero para la candidatura Ross, bajo la promesa de alterar el arancel aduanero en determinados capítulos. Se me ha precisado la suma de tres millones de pesos erogada por una sola industria, bajo las condiciones que dejo consignadas.

“—Es posible — responde pausadamente, don Pedro Aguirre—. Y es posible también que esos mismos industriales que no vacilan, para invertir \$ 3.000.000 en una aventura electoral, si se les pide su concurso para mejorar los jornales, las viviendas o el vestuario de sus operarios, sostengan que la industria y el capital ya no pueden soportar más tributos...

“Medita un momento don Pedro y prosigue:

“—¡Cuánto bien, cuánto mejoramiento social efectivo se podría haber realizado con lo que se gastó en intentar corromper, y en corromper efectivamente, conciencias, por los derrotados del 25!

“Meditamos: dicen que el nuevo Estadio Nacional que se inaugurará con gran pompa próximamente en Ñuñoa, ha costado 15 millones de pesos. El 25 de octubre el rossismo dilapidó 30 millones de pesos, con los que no consiguió captar el poder.

“En consecuencia, con lo que gastaron los partidarios de don Gustavo Ross el 25 de octubre, se habrían podido construir en Chile dos estadios iguales al que se inaugurará próximamente.

“—Y a propósito de rentas y tributos ¿qué opina Ud. acerca del sistema de canonjías, que como los cargos de consejeros del Banco Central y de la Corporación de Ventas de Salitre, el régimen actual ha acumulado en unos pocos favoritos?

“—Ese es un sistema funesto, que con justicia provoca grandes murmuraciones que degeneran en inquietud social. En Rusia, el régimen zarista cayó derribado más que por la acción de los líderes soviéticos, por

los privilegios y la corrupción de los Grandes Duques. El "cesarismo" ha sido siempre el mayor creador de rebeldías que ha existido. Sin la corrupción de la nobleza rusa no habría existido el comunismo. Sin Rasputin, Lenin no habría tenido el relieve que le dió la corrupción del zarismo.

"Preocupa la atención de un considerable sector de la opinión, la forma cómo bajo el régimen triunfante el 25 de octubre se desarrollarán las relaciones de convivencia entre el Gobierno y la Iglesia. El párroco de la Asunción se ha dedicado antes, durante y después de la campaña electoral, a aterrorizar a sus feligreses, con siniestras profecías.

"Digo al Presidente Electo:

"—¿Cómo serán las relaciones que existirán entre el Estado y la Iglesia, durante su Gobierno?

"Al punto, sin la menor vacilación, me responde de inmediato el elegido por el pueblo:

"—Si al frente de la Iglesia estuviese todavía ese talentoso y admirable modelo de arzobispo que fué Monseñor Crescente Errázuriz, seguramente Ud. ni nadie, habría considerado interesante formularme esa pregunta. En Chile no existe conflicto alguno entre la Iglesia y el Estado. El régimen de separación de ambos poderes, establecido por la Constitución vigente, evita todo germen de conflicto religioso. No obstante, sería cerrar los ojos a la realidad, dejar de reconocer que la desbocada beligerancia de cierto clero hace pensar en la necesidad de hacer cesar la inquietud social que significa la intervención activa de

la Iglesia en la política. De tales situaciones se derivan más daños que bienes para los fueros de la religiosidad. En América existen ejemplos vivos de lo que digo.

“Después de un momento de meditación prosigue en alta voz el raciocinio que formula el Presidente Electo.

“—Nadie puede tener lícitamente en Chile interés en desencadenar luchas religiosas. Sería, sin embargo, de desear que los católicos de Chile y especialmente sus autoridades, tuviesen presentes las Encíclicas llamadas “Rerum Novarum” y “Quadragesimo Anno”, dictadas hace ya años por los Pontífices de Roma. El espíritu de esos documentos emanador de la Suma Autoridad de los católicos es democrático y no plutocrático; espiritual y no materialista. En Chile últimamente no ha predominado en la dirección de la Iglesia el espiritualismo. No se ha visto ninguna acción encaminada a reprimir la intervención desaforada de algunos religiosos en las querellas políticas. En cambio, virtuosos sacerdotes de espíritu cristiano indiscutible, se han visto acosados y perseguidos, como si se tratase de elementos peligrosos. El catolicismo verdadero es religión que enaltece a los humildes y deprime a la soberbia. El Frente Popular no puede tener beligerancia con el credo que enaltece la humildad. . . Sacerdotes como algunos que conozco, lejos de ser enemigos de la democracia, son eficaces cooperadores para realizar la idea de hacer verosímil la fraternidad entre los hombres.

“—Don Pedro: en la revista “Ercilla” he leído una entrevista realizada a una antigua empleada de su casa, que le acompaña desde hace 30 años: aludo a doña Mariquita, quien relató a los repórteres, que como desayuno toma Ud. té puro con pan. Y además que le gustan mucho los porotos y los espárragos. Naturalmente, teniendo el origen que tiene la información, todo eso debe ser cierto.

“—Lo es; lo es—interrumpe riendo don Pedro Aguirre.— Pero además también me gusta mucho el lucbe y el cochayuyo...

“—Bien lo he dicho yo, don Pedro: chileno puro; aficionado a los porotos, al lucbe y al cochayuyo; los productos vegetales de la tierra y del mar de Chile.

“Me pongo de pie, con gran satisfacción del secretario, quien en los últimos instantes ha menudeado su presencia facial.

“—¿Muchos los problemas, don Pedro? —digo al despedirme.

“—Muchos; muchos...

—Y lo peor, don Pedro, es que después de la jornada del 25 la magia está algo desacreditada...

“—Prescindiremos de ella —me replica sonriendo.—Acudiremos al cerebro, al corazón y a la buena voluntad. Trabajaremos intensamente. Gran cosa sería que lográsemos abaratar siquiera media docena de artículos: el pan, la carne, las papas, los porotos, el azúcar, y algunas telas... De apariencia modesta estos “problemas” tienen una importancia capital para el bienestar colectivo. No es lucido ciertamente consagrar

como "problemas" cada uno de estos artículos. Pero ya sabemos que con simples "carteles de colores" no se resuelve ningún problema. Pueda ser que con honradez y con buena voluntad, sea posible hacer algo de lo que no se pudo conseguir con el auxilio de la quimancia. Mucho espero de la comprensión magnífica del pueblo que no se dejó sobornar por la tentación de unos billetes. Necesitaremos ajustar muchos tornillos. No ofrezco milagros ni prodigios. Pero sí honradez y voluntad. A todos pido trabajo y disciplina. Esta gran jornada ganada por el pueblo no se puede malograr. No se malogrará.

"Brilla en el rostro de don Pedro una resolución inquebrantable.

"Nos despedimos. El elegido renueva la expresión de su cordialidad acogedora.

"Afuera, en el hall, se ha interrumpido el runruneo de colmena formado por la voz de los visitantes. Hombres de las más variadas cataduras llenan la casa. Damas, delegaciones escolares se apretujan para abrir paso y divisar al abanderado de las huestes que confiaron en el triunfo del espíritu, sobre los idólatras del "Becerro de Oro".

"Salgo a la calle. Hace ya calor. Brilla el sol.

"Los transeúntes cuchichean y unos a otros se muestran la casa: ahí vive don Pedro Aguirre Cerda, el David vencedor del fiero Goliat."



Poco queda por agregar a esta versión objetiva de lo ocurrido en la política de nuestro país, en el fecundo período de febrero de 1936 a noviembre de 1938, y de los antecedentes que lo explican.

Un pueblo oprimido y mantenido en míseras condiciones materiales ha demostrado tener una moral altísima, capaz de doblegar las más adversas circunstancias.

De ello podemos estar orgullosos los chilenos. Contamos con la materia prima de todo gran país: el hombre.

Disponemos de medios materiales de incalculable riqueza para conquistar un alto puesto entre las naciones del continente.

Nuestra austeridad del pasado y nuestra liberación de hoy nos obliga a responder, ante nosotros y ante las naciones hermanas, de una tradición de rebeldía y libertad que exige cada vez mayores sacrificios.

Contamos con una disciplina y con un conductor avisado, sereno y perspicaz.

Podemos, en consecuencia, sentirnos satisfechos de la jornada cumplida, pero ello nos compromete más frente a la que se avecina.

Mientras la reacción todavía se enseñorea en otras partes del continente, nosotros, chilenos, podemos tener el orgullo de haber afianzado nuestra constitu-

ción republicana y de haber ganado una gran batalla para la democracia del mundo.

En nuestro suelo, y bajo el capitanazgo de Pedro Aguirre Cerda, se inicia la segunda gesta emancipadora americana. Seamos dignos de ella.

FIN

